

NACIONALISMOS DE ESTADO Y NACIONALISMOS DE LIBERACIÓN Y RECURSOS IDEOLÓGICOS DEL RACISMO

Claudio ESTEVA FABREGAT

SUMARIO: I. *Tipos de nacionalismo*. II. *Racismo en los nacionalismos*. III. *Simplismos en el nacionalismo y el racismo*. IV. *Negaciones del otro en los nacionalismos*. V. *Referencias bibliográficas*.

Entre diferentes tipos de nacionalismo, los que se enfrentan en Europa son, principalmente, dos: 1) de Estados contra Estados, y 2) el de naciones sin Estado contra un Estado/nación. En el primer caso, los grandes ejemplos son las guerras europeas con sus extensiones mundiales; en el segundo, las naciones sin Estado que intentan conseguir autonomía, en unos casos, o soberanía, en otros. El nacionalismo de Estado tiene un carácter represivo, mientras que el de las naciones sin Estado tiene por objetivo su liberación política. En la mayoría de los casos, la violencia institucional es una de las fórmulas empleadas por el nacionalismo de Estado en su esfuerzo por impedir su disolución. El nacionalismo de liberación es también frecuente, pero siempre tiende a negociar políticamente dicha liberación con los gobiernos del Estado del que depende. En situaciones de guerras entre Estados, es un hecho habitual la recomposición de las fronteras políticas, de manera que las naciones pequeñas suelen ser incorporadas o anexadas a otros Estados. Por eso, la suerte política de las naciones sin Estado suele tener un carácter histórico precario, y lo mismo ocurre con los Estados plurinacionales. En todo caso, el Estado/nación en Europa es, generalmente, un Estado plurinacional con naciones internas que, entre sí y con el Estado, son asimétricas en términos de identidad cultural y de lengua.

Los Estados, política y territorialmente más estables en Europa, son los que han ejercido el colonialismo ultramarino a partir, sobre todo, de finales del siglo XV hasta el presente. Nos referimos, en este sentido, a Portugal, España, Francia, Holanda y Reino Unido. También Italia, Alemania y Bélgica han ejercido el colonialismo ultramarino. Sin embargo, y excepto Portugal y Holanda cuyas identidades nacionales son más homogéneas, los otros Estados del primer grupo, siendo plurinacionales, son los más conflictivos dentro de sí mismos, pues sus naciones internas tienden a desarrollar con una cierta frecuencia movimientos políticos de liberación nacional. Por otra parte, los llamados Imperios de Europa Central, el austroalemán, el ruso, luego convertido en Unión Soviética, y la Yugoslavia contemporánea han sido desde siempre Estados plurinacionales inestables propensos a desmoronarse y a ser sus naciones internas anexadas o incorporadas a los Estados vencedores.

El hecho de que todas las formaciones estatales hayan practicado el colonialismo las ha convertido también en naciones cuyos miembros han practicado, y practican el racismo. El racismo, por otra parte, tiene su origen moderno en las primeras clasificaciones científicas del naturalismo zoológico. Con el tiempo, dichas clasificaciones pasaron a ser objeto de ideología política y, más tarde, aparecen relacionadas con explicaciones de simplismo social basadas en diferencias cromáticas. Como consecuencia, los Estados que han ejercido el colonialismo son los que tienen mayores números de adictos al racismo.

El racismo es, asimismo, una forma de esencialismo y, además de expresar una herencia colonialista, es también un genealogismo que debe sus primeras manifestaciones a la Biblia, cuando ésta nos dice que de Sem, Cam y Jafet han derivado los tres grandes troncos raciales: blanco, amarillo y negro. Las asimetrías cromáticas y morfológicas, propias de la naturaleza, han conducido fácilmente al racismo y, en su traducción al cientifismo moderno, tienen mucho que ver con el evolucionismo.

I. TIPOS DE NACIONALISMO

Nos proponemos acudir a ejemplos de nacionalismo europeo para describir algunos casos de tipología pertinentes a conglomerados históricos específicos. Desde esta perspectiva, y en el caso presente, para nosotros son claramente perceptibles dos formas de nacionalismo. Una, representada por el Estado/nación y otra, significada por las naciones sin Estado, habitualmente integradas en el seno de éste, pero con identidades nacionales propias diferentes. El primer tipo de nacionalismo expresa la expansión territorial de una nación sobre otras, y en Europa se distingue por el hecho político de representar un esfuerzo histórico, generalmente coactivo y producto de enfrentamientos internacionales, de asimilación de las identidades nacionales incorporadas al Estado, pero nacional y étnicamente diferenciadas de éste.

Éste sería el caso de los Estados europeos modernos, sobre todo Francia, Gran Bretaña y España. Y, por añadidura, lo sería también el de los imperios austro-húngaro-alemán en la Europa central y en el este, con el imperio ruso. En estas entidades o Estados plurinacionales podemos reconocer, asimismo, otros atributos de carácter diferencial. Lo serían en el sentido de que los Estados propiamente occidentales habrían incluido en sus formas políticas de dominio países y regiones ultramarinas, mientras que, en cambio, los del centro y este de Europa los podemos caracterizar por la práctica de anejesiones, básicamente, de naciones territorialmente vecinas. Desde luego, no ignoramos que Portugal, Alemania, Holanda, Bélgica e Italia han realizado expansiones en otros continentes y han ejercido dominio político de carácter colonial sobre muchos pueblos y naciones diferentes, e incluso sabemos que todas estas naciones no son étnicamente homogéneas. Sin embargo, pensamos que los casos típicos de Estados plurinacionales son los que hemos señalado anteriormente.

El segundo tipo de nacionalismo, o específico de las naciones sin Estado, es el propiamente integrado en los sistemas políticos que corresponden a los Estados plurinacionales. En

Europa, su marca política más importante ha consistido en su resistencia a ser asimilados por el Estado nación, de manera que, a lo largo de su experiencia histórica como identidades nacionales, los componentes socioétnicos de éstas se han considerado a sí mismos en situación de corporaciones culturales con identidades nacionales oprimidas. En general, las naciones sin Estado en Europa se distinguen, aparte de su consciencia y diferencia nacionales, por el hecho de que son lingüísticamente distintas de su Estado de incorporación o de anexión. Y algunas de estas naciones se distinguen, asimismo, por estar divididas en diferentes Estados, como en el caso de los catalanes y de los vascos, a partir de pactos de repartimientos territoriales entre Francia y España. En Europa central ocurre lo mismo con diferentes naciones de las cuales no nos ocuparemos en este momento.

En el contexto específico dentro del cual nos expresamos, y en nuestras observaciones, para que tenga existencia y continuidad el nacionalismo aparece habitualmente relacionado con alguna clase de oposición a otro nacionalismo.¹ Básicamente, y con independencia de la forma y tamaño nacionales que supone la existencia de una nación, el nacionalismo es una reacción afirmativa de un grupo nacional que, además de la idea nacional, organiza a grupos de sus miembros para defender o atacar a grupos de otra nación o naciones que se comportan como nacionalistas antagónicos.

Según eso, y a modo de exposición de un grupo de tendencias, el nacionalismo presupone una actividad partidaria dedicada a la promoción de los elementos culturales y distintivos de una identidad, en este caso de una nación, propia. De este modo, en la Europa contemporánea, un nacionalista suele realizar adicciones etnicistas semejantes a las que podemos observar en los comportamientos expresivos de los fanáticos que se demuestran partidarios a ultranza de un club de fútbol. En tales casos, la suerte competitiva de los clubes a que aso-

1 Cfr. Ingold, Tim, *Companion Encyclopedia of Anthropology*, Londres y Nueva York, Routledge, 1994, p. 347.

cian su adición afectiva es sabido que incluye el triunfo, la derrota o el empate y, en este sentido, y según sean los resultados, el hincha de un club de fútbol puede pasar de la euforia de los triunfos a la depresión de las derrotas, y a veces al escepticismo de los empates.

En sus manifestaciones más expansivas, el llamado fanático o hincha (en España), *tifosi* (en Italia) y *hooligan* (en Inglaterra) demuestra profundas pasiones expresivas en su predilección por su club, y éstas incluyen exhibiciones simbólicas y esteticismos intensivos. Así, las banderas juegan un papel significativo. El hincha envuelve su cuerpo en ellas, las agita al viento y las besa con lágrimas de alegría en ocasiones de goce máximo, y sus colores se convierten en vínculos de identidad personal y colectiva.

Asimismo, el hincha tiende a ofender al adversario, a vibrar con las desgracias de éste, y suele convertirlo en enemigo. Rechaza lo que éste representa, y lo convierte en símbolo de hostilidad. Asume, por otra parte, las pancartas insultantes alusivas a caracteres del que ahora es más que un rival, un enemigo. Y puesto en un ambiente de adicciones vicarias, el hincha vive excitado por el triunfo de su club, tanto como lo deprimen sus derrotas. La suerte objetiva del club de sus amores es vivida por la persona del hincha como si fuera un corpus de trascendencias existenciales. De este modo, aunque las razones son breves, las emociones son muchas. En este sentido, podemos representar al hincha como la fuerza que adquieren las formas propias de una inflación emocional transitoria. En todo caso, su actuación pública desborda a menudo el recinto de los estadios en los que se congrega, y hasta las calles, plazas y avenidas de su ciudad suelen convertirse en escenarios de sus expansiones subjetivas. El hecho vicario más activo y directo del hincha es el ídolo magnificado, el jugador de fútbol, y ambos juntos asumen el ensueño de los símbolos: la enseña, la bandera y la reproducción de una identidad que, siendo deportiva, sin embargo, va más allá de esta mera circunstancia y se convierte en una razón emocional sometida a la necesaria existencia de un otro hostil para justificarse a sí

misma. La magnificación de la hostilidad incluye, en todo caso, la negación de toda generosidad hacia el otro. Mientras éste exista, la vibración emocional está garantizada, y las metas, los goles, en definitiva, serán el punto donde el goce irrestricto de la libido deportiva aparecerá concertada en forma de una catarsis colectiva. El deseo de vivir la gloria del triunfo es necesariamente vicaria, porque se realiza a través del movimiento de unos hombres, los jugadores de fútbol, pero la persona del hincha es siempre una pasión partidaria cuyos equilibrios son difíciles de controlar cuando se piensa en la fragilidad ambiental.

Si uno observa, por ejemplo, los movimientos de una masa de hinchas adictos a un club de fútbol, a grupos de partidarios “ultras” asediando o agrediendo a los de otro club, uno está en condiciones de prever lo que puede ser el desboque de una masa nacionalista enfrentada a la de otro nacionalismo. En España, los encuentros de fútbol entre los clubes Fútbol Club Barcelona y Real Madrid representan precisamente dos nacionalismos, más o menos camuflados en forma de imagen deportiva, uno, que reclama la libertad de un colectivo nacional y el otro, que proclama su voluntad de impedirla anteponiendo el interés del colectivo plural. Sin embargo, en sus respectivas historias deportivas, su rivalidad trasciende sobre los hechos estrictamente referidos al juego del fútbol y se trasladan al ejercicio y expresión más simbólica del nacionalismo: banderas, pancartas, alusiones hostiles, palabras insultantes de unos contra los otros.

Ésta es una situación donde la memoria histórica aparece constituida por un conjunto de acontecimientos a la vez intrínsecos o vividos por la propia singularidad de las adicciones y de los símbolos de identificación que acompañan a un partidismo colectivizado, y extrínsecos o relativos a la otra adhesión realizando la simetría contraria. En el ámbito deportivo, el hincha de fútbol trasciende la versión estrictamente lúdica de la actividad deportiva: tiende a convertir ésta en una emoción concertada, de carácter multitudinario, que mientras exhibe una cierta solidaridad con ansiedades colectivas,

al mismo tiempo legitima la emocionalidad de los conflictos individuales al compartirlos con otros individuos en el interior de un espacio de control, el de un estadio.

De hecho, las emociones expresadas por los hinchas de fútbol, además de tener una función social, la tienen psicológica, pues las observamos definidamente integradas en un sistema de catarsis periódica: las del mismo calendario que rige las experiencias colectivas del espectáculo aparentemente deportivo. El espectáculo en sí mismo es semejante en sus reacciones a una canalización, sólo aparentemente espontánea, de los conflictos individuales y colectivos. En este ejemplo, la identidad se desplaza a un campo de juego, el del fútbol, reglamentado y arbitrado para así racionalizar las actuaciones de los protagonistas. Así, mientras el diseño de la actividad es altamente racional, pues está gobernado por reglamentos y las gentes están distribuidas en asientos, muchos de ellos numerados, al mismo tiempo los adictos o hinchas expresan su extroversión mezclando entusiasmos y euforias con depresiones y decepciones colectivas. Por ende, cuando se trata de hinchas o de individuos inflamados en su epidermis por emociones, es indudable que el juego deja de ser una representación lúdica y se convierte en una proyección pasional. Lo subyacente, sentimientos y actitudes, prejuicios y hostilidades, se nos presenta claramente en forma de una proyección transparente: la de un conflicto, uno donde el deporte adquiere, asimismo, la forma de una desproporción de la realidad lúdica. En cierto modo y, en este caso, en su expresión las identidades colectivas sugieren la experiencia de un cierto estado de simulación de hostilidades que son más profundas, pues afirman más que formas difusas, aspectos concretos de una referencia hostil enmarcada en lo étnico y, a menudo, prolongada a un sentimiento nacional. Pancartas “anti Barça” o “anti Madrid” son fenómenos específicos de una hostilidad en la que, mientras se implican los respectivos nacionalismos, al mismo tiempo se expresa una cierta inflación de las identidades culturales.

Desde luego, no pretendemos asimilar el fútbol al nacionalismo, pues ambos representan organizaciones ideológicas diferentes. Pero los sentimientos y sus constelaciones proyectivas pueden ser semejantes en su expansión emocional. En otro sentido: los rechazos y hostilidades que se dirigen a un otro muy específico contienen conflictos alusivos a colectividades enfrentadas. Aquí, por otra parte, cuando hablamos de nacionalismo, lo que reconocemos es una forma de organización política fundada en una ideología de defensa de una singularidad étnica y de una identidad cultural. En el nacionalismo reconocemos, por lo tanto, un sistema de identificación activa con un programa político específicamente destinado a excluir lo propio. Dentro de este esquema, en el trayecto de su actividad histórica, todo lo que se opone a esta realización de lo propio entendido como lo nacional es convertido en enemigo o en una identidad hostil. Así, una vez reconocida dicha identidad, el nacionalismo ya puede disponer de una justificación histórica para manifestarse y organizarse, y hasta para redimirse de toda consciencia de culpabilidad cuando sus inflaciones emocionales convierten la hostilidad en agresión.

Ésta sería una clase de relación que podemos fundamentar en la rememoración continua del pasado entendido como fuente de identidad. No se trata, en todo caso, de un pasado que se repite en forma de una misma realidad cultural, pues ésta se transforma en el espacio y en el tiempo conforme se imponen las innovaciones científicas y tecnológicas o con los mismos cambios introducidos por los movimientos sociales y las ideas políticas. Se trata, en todo caso, de una memoria fundada en las identidades más estables como son, especialmente, la lengua y la voluntad política nacional, el sentimiento de filiación genealógica y la diferenciación étnica que resulta de vivir y reproducirse en una composición histórica de cultura territorialmente localizada. El mismo hecho de que los otros culturales lo consideren a uno diferente es también un punto de referencia de la propia identidad. El nacionalismo invierte

gran parte de su intensidad política en la idea de esta referencia diferencial.

El nacionalista lo podemos representar como una persona también adicta a los símbolos, en este caso nacionales: banderas, proclamas, anuncios, literatura política propia, agitación colectiva, pancartas que aluden a consignas de acción, amor a un territorio “nacionalizado”, a una historia fácilmente convertida en mitografía, costumbres y fiestas conmemorativas que sirven de respaldo y reafirman el concepto de identidad nacional. Y siempre en el interior emocional de esta identidad se conjuga un adversario o enemigo necesario, cuanto más antiguo mejor, sin el cual es difícil movilizar en forma de masas a los que han adquirido una consciencia nacional activa. En este sentido, para ejercer ésta, se requiere constituir un enemigo o ente hostilizable. Es evidente que los grupos políticos que dirigen el nacionalismo no son necesariamente emocionales, pues en sí mismos se distinguen por su capacidad de racionalización y por el hecho de saber movilizar contingentes étnicos y dotarlos de entusiasmos potenciales. De hecho, actúan para concertar esta consciencia de identidad mientras la canalizan en forma de energías colectivas dispuestas para resistir al otro, o simplemente para destruirlo llegado el caso.

Desde esta perspectiva, vemos el nacionalismo como una forma de energía movilizada que primero fue étnica y que, con el tiempo, a medida que se organiza políticamente, se vuelve nacional. Adquiere, en todo caso, una consciencia militante, tanto porque incrementa la racionalidad de su comportamiento por medio de la organización de actos colectivos como porque desarrolla sus fuerzas emocionales con relación a ideales de autoafirmación y de resistencia contra toda acción contraria o que constituya una amenaza de alteridad del difícil y conflictivo equilibrio en que se mueve el yo colectivo, el del nosotros.

A partir de la construcción de un modo de organización política y del diseño de una racionalidad ideológica puesta en los objetivos o metas de acción del nacionalismo, éste cons-

truye una identidad, un singular plural, el nosotros, y comúnmente desarrolla una consciencia de hostilidad hacia otro singular colectivo, uno que se identifica con el otro o ellos. Dicha racionalidad es imputable al diseño de la acción política, pero sus argumentos prioritarios suelen expresarse en formas éticas, una y principal, la del derecho colectivo a la autodeterminación, a resistir a toda forma de alteridad política y a confirmar la identidad de lo propio como singular o diferente de lo que le es enemigo.

La perspectiva consiste en adoptar el principio de que el otro es justo sólo cuando admite la capacidad política del que demuestra ser nacionalmente diferente, al mismo tiempo que políticamente igual en su derecho a no ser asimilado por aquél que percibimos como un otro. Así, lo que el individuo político entiende como injusto cuando es objeto de dominación por un otro político diferente, en el nacionalismo de liberación la noción de injusticia se magnifica al adquirir los nacionalistas la idea de que su colectivo nacional es una función de otra voluntad política, la que se ejerce desde la alteridad presente en la sumisión a un Estado o una identidad política dominante.

Según eso, desde la ética, se produce una magnificación del nacionalismo de liberación y se proclama el principio de que toda dominación política ejercida desde una diferencia sobre otra diferencia es causa suficiente de legitimación del derecho a la resistencia y, por ende, del derecho a la liberación. En este punto, la justicia del nacionalismo de liberación consiste en reclamar del otro el cese de la dominación. Mientras este objetivo no se cumple, la racionalidad del nacionalismo de liberación es equivalente a la racionalidad de una lógica coherente con los principios de la libertad.

En estas condiciones, es evidente que el nacionalismo singulariza sus expresiones estéticas. Suele hacerlo reuniendo símbolos que significan diferencia y reforzamiento de los criterios de identidad, semejantes en sus estimulaciones a los que se dan en los colectivos deportivos que se instalan en la magnificación de los actos públicos formando una clase de

consciencia comunicante. De hecho, el nacionalista es una función de la estética que acompaña a los sentimientos. El nacionalista es una persona que integra, de forma indisoluble, lo ético con lo estético, y tiende a la asimilación de lo primero con las formas morales del ideal político colectivo, aquél que asume como singular desde sí mismo o como individuo que comparte una forma de consciencia nacional. Y asume una estética que le parece única en la bandera y en los himnos, en las conmemoraciones rituales y en las inflamaciones emocionales que siguen a la movilización de los sentimientos políticos. Todo en conjunto se mueve en función de una cualidad racional, precisamente porque es política. Pero siempre en este acompañamiento ético está presente la virtualidad de un acceso fácil a las proyecciones violentas que derivan de la hostilización del objeto convertido en razón para la movilización individual que surge en los actos de identificación del yo con las subjetivaciones que resultan de su confrontación con las percepciones del otro.

Nacionalismos y analogías asimétricas

Considerada ya una de las cualidades que reconocemos en el nacionalismo, podemos pasar a otras significaciones. En el curso de las reorganizaciones políticas que se están produciendo en la Europa contemporánea, muchas de las naciones sin Estado se caracterizan por el hecho de que han alcanzado este último estatus político, como podemos observar en la ex Unión Soviética y en la ex Yugoslavia. Y es obvio que, en cada uno de estos casos, podemos considerar que su nacionalismo, uno que primero fue resistente y que se opuso a su asimilación por el Estado plurinacional centralizado, corresponde a la tipología de un nacionalismo de liberación nacional. Fuera de Europa, los nacionalismos de liberación los encontramos representados por aquellas naciones que emergieron como nuevos Estados después de haber triunfado en su lucha política y militar contra el colonialismo. En los diferentes continentes, encontramos expresiones políticas concretas

de este nacionalismo de liberación. Sin embargo, es también cierto que muchos de los Estados surgidos de estas luchas anticoloniales se han convertido en Estados poliétnicos y plurilingüísticos, y mientras repiten, por lo mismo, los modelos asimétricos, en este caso tribales, de sus antecesores europeos, al mismo tiempo cultivan el revanchismo tribal y la desigualdad política entre sus diferentes grupos étnicos.

En África, por ejemplo, los Estados actuales son mosaicos tribales regidos de forma autocrática, y a menudo gobernados por grupos étnicos que, mientras someten a otros rivales, ejercen un papel semejante al de una minoría política dominante proclive a destruir a sus adversarios tribales. Aunque en América las relaciones entre los diferentes grupos étnicos indígenas no tienen el carácter de un enfrentamiento tribal, sin embargo, su posición histórica con relación al Estado es la propia de minorías étnicas sometidas a la dominación política de una cultura nacional de origen colonial. En cierto modo, la relación política de estas minorías indígenas con el Estado es una de carácter parecido a la de un colonialismo interno. Incluso en los casos donde los grupos de origen precolombino son mayoría étnica, como ocurre con los mayas en Guatemala, los quechuas en Ecuador y Perú, y en algunas regiones con los aymara en Bolivia, la posición de estos grupos es de subordinación a los Estados de origen criollo. Adicionalmente, y sobre todo en África, en los Estados que han surgido después de haber conseguido los nativos su liberación del régimen colonial no sólo se han producido y producen políticas de represión de unas etnias dominantes contra otras que ocupan posiciones demográficas más débiles en su número que otras, en casos, o política y militarmente más vulnerables, en otros casos, sino que también se han continuado las prácticas del racismo en el interior de las relaciones sociales y entre grupos blancos, mestizos y negros.

De todos modos, y básicamente, los nacionalismos de liberación son escasos o inexistentes en situaciones como las de África, pues en éstas las formas de organización de los nuevos Estados han sido productos políticos derivados de los modelos

coloniales europeos. En su proceso, se trataría de transacciones ocurridas entre el poder político europeo, que buscan salvar sus intereses, y los líderes nativos, a menudo formados en la cultura metropolitana colonial, dotados, asimismo, de suficiente carisma personal y tribal como para garantizar la continuidad de dichos intereses en sus colonos y en las influencias políticas y económicas de las metrópolis en el presente y futuro inmediatos. En otro sentido, las resistencias y luchas de los nativos contra las potencias europeas se han significado por ser más que una forma armada de lucha por la liberación nacional, una forma de recuperación política de la capacidad étnica para la autodeterminación por medios violentos o de destrucción de la administración colonial. La concurrencia poliétnica a esta lucha contra las diferentes potencias europeas no ha determinado, sin embargo, la unidad de esta diversidad tribal en el nuevo Estado. En estos términos, mientras la de los africanos no era propiamente una lucha política por la liberación nacional, sino que más bien era una lucha contra el colonialismo europeo, al mismo tiempo, la reunión de sus diferentes tribus en Estados políticamente únicos se ha convertido en un modelo de enfrentamientos étnicos que incluyen la destrucción física de unos enemigos ancestrales por otros, mientras los triunfos armados de unos suponen el desplazamiento o el sofoco territorial de otros. En cierto modo, se advierte como el nacionalismo en estas condiciones históricas lo asumen los miembros y dirigentes de las tribus que controlan el nuevo Estado. En cambio, las tribus que permanecen fuera de este poder tienden a caracterizarse por su resistencia al nacionalismo de Estado que las oprime o priva de los accesos a la administración de dicho Estado. En este sentido, el hecho de un primer centralismo por parte del nuevo Estado nacional es causa de oposición por parte de los grupos étnicos que no participan o que han sido excluidos de las decisiones de poder que se ejercen desde el Estado. Desde esta perspectiva, las situaciones que observamos en África son las propias de una historia marcada por la alianza de los grupos de colonos europeos con etnias nativas favorecidas para ejercer el dominio político sobre el Es-

tado en detrimento de los derechos de otros grupos étnicos. Así, el nacionalismo en estos nuevos Estados es una forma de consciencia más propia de quienes los gobiernan que de quienes los soportan. De hecho, el nacionalismo como afirmación política todavía no constituye una impregnación ideológica suficiente en las organizaciones tribales. En éstas, el concepto de liberación atañe a ideas de soberanía territorial y de autogobierno tribal, más que a ideas de nacionalismo de liberación. El tipo de nacionalismo sería, en tal caso, uno de nacionalismo tribal.

Por eso, y a diferencia de lo que ocurre en los modelos de Estado occidentales, cuando vemos que los nacionalismos de Estado suelen legitimarse en función de su oposición frente a otros Estados, en el caso colonial constituido por liberaciones tribales frente al poder de los colonos europeos y de las administraciones metropolitanas, la cuestión es distinta: suelen ser nacionalistas los dirigentes de las tribus que ejercen el poder del Estado, y carecen de esta consciencia los dirigentes de las tribus que se encuentran apartadas de dicho poder. En éstas, el nacionalismo de liberación adquiere otra forma de consciencia, la que podemos designar como de nacionalismo tribalista. Aparte de estas distinciones sobre el carácter tribalista de los Estados africanos y sobre sus incipientes nacionalismos en sus fuerzas dirigentes, los dos tipos mencionados de nacionalismo, el de Estado y el de liberación, utilizan recursos y organizaciones políticas diferentes. En el centralismo asimilacionista europeo, mientras el nacionalismo de Estado acude a reforzarse por medio de la legitimidad jurídica de sus leyes y administración pública operando con sus funcionarios y recursos materiales sobre las poblaciones nacionales internas diferentes, y mientras aparece habitualmente reconocido por los medios diplomáticos interesados en el mantenimiento del *statu quo*, los nacionalismos de liberación sólo disponen de otra legitimidad, la ética, que les es propia en función de su derecho al autogobierno y a la resistencia que puedan oponer a la imposición política que les llega desde el Estado. Por eso, cuando se habla de colonialismo interno, cabe pensar en situa-

ciones de alienación política de unas naciones por otras, en el sentido, por lo mismo, de que unas poseen, a través del Estado, los medios políticos de realización que niegan, en cambio, a las naciones sin Estado que someten. El nacionalismo de liberación lo encontramos, pues, situado en la consciencia de una organización política cuya lucha se manifiesta en forma de una resistencia activa contra la imposición de un sistema jurídico que no sólo se opone a su autodeterminación, sino que procura disminuir la fuerza de ésta mediante el desarrollo de técnicas de alienación de dicha consciencia.

El análisis de las situaciones históricas que han conducido al Estado/nación y, por lo mismo, a la construcción de Estados plurinacionales, permite entender, por una parte, el carácter específico de los respectivos movimientos nacionalistas, y permite, asimismo, determinar no sólo que cada uno de ellos en su causa inmediata es diferente en sus fines, sino que muestra como la posición histórica del nacionalismo de Estado se relaciona con la dominación y, en cambio, la del nacionalismo de las naciones sin Estado se identifica con movimientos de liberación. Las circunstancias políticas de uno y otro nacionalismo son, por lo tanto, diferentes.

En sus precedentes históricos, podemos observar que el proceso de absorber por asimilación el Estado a las naciones internas se basa en la sustitución de las culturas específicas de ésta por la del Estado. Aparte de que los antecedentes incluyen conquistas militares y, en su caso, anexiones territoriales, a partir de esta experiencia comienzan a producirse otros hechos, entre los cuales encontramos el de la coacción militar permanente y el de la introducción de funcionarios y de colonos cuya implantación en el interior de las poblaciones conquistadas forma parte de las energías políticas que acompañan a la expansión del nacionalismo de Estado. La educación en la lengua e intereses nuevos, los nacionales del Estado y la magnificación de su historia, incluyendo la descodificación de la cultura y de la identidad nacional sometida, forman parte del sistema de imposición del Estado sobre sus naciones internas. La función histórica de una administración colonial y

de la implantación de colonos o de inmigrantes originarios de las poblaciones del Estado conquistador consiste, básicamente, en actuar a la vez que como medios humanos de aculturación, como instrumentos políticos de control activo de la dominación que se ejerce sobre los grupos étnicos o nacionales sometidos, pero es también una expresión del nacionalismo de Estado que realiza expansiones territoriales. En estos términos, el Estado desarrolla una forma de colonialismo interno cuando traslada, por medios jurídicos o legales, su cultura de dominación a la nación o naciones dominadas. Así, en el curso del crecimiento de su consciencia de lucha contra estas condiciones, el nacionalismo de liberación suele acentuar la frecuencia de sus réplicas políticas contra el Estado/nación, de manera que, en el curso de las contrarréplicas y de las persecuciones de que hace objeto el Estado a las demostraciones nacionalistas de estos adversarios organizados, se producen los estímulos que causan la idea de que la independencia es el modo único de realizar su propia historia nacional.

Estas últimas conclusiones políticas suelen darse principalmente en los Estados plurinacionales gobernados por sistemas de centralismo político. De hecho, los Estados que, como el español, han evolucionado en dirección al ejercicio de la democracia política y del respeto a los derechos individuales, han disminuido también el rigor de tratamiento de los problemas de sus naciones internas. En los periodos democráticos a que hacemos referencia, el republicano de 1931-1939 y el actual o monárquico parlamentario se han producido cambios significativos en lo que refiere a la organización del Estado español cuando éste ha pasado a ser un Estado plurinacional que incluye en su Constitución el reconocimiento de tres naciones internas y catorce regiones diferentes, con derechos específicos de autogobierno territorial, básicamente de carácter administrativo, y competencias en materias relacionadas con el desarrollo de parlamentos regionales, asuntos de sanidad, policía local, justicia, controles ecológicos y otras materias; se han hecho concesiones importantes en materias de educación lingüística, como en los casos de Cataluña, el País Vasco y Ga-

licia, cuyos idiomas propios pueden ser ahora enseñados junto con el castellano o propio del Estado español. De hecho, la organización constitucional de los territorios españoles en forma de diecisiete comunidades autónomas diferenciadas, asimismo, en forma de tres nacionalidades históricas, las ya mencionadas, y de catorce regiones, básicamente castellano hablantes se nos aparece como una fórmula jurídica por cuyo medio se ha iniciado no sólo la deconstrucción del Estado unitario, centralista, sino también la edificación de un Estado plurinacional basado en la negociación democrática de las competencias territoriales de cada una de estas naciones y regiones con el gobierno del Estado. De hecho, el problema político principal que se advierte en esta nueva situación no reside en los derechos individuales, por estar éstos garantizados por la Constitución democrática, sino en los derechos de soberanía que puedan ejercer en sus respectivos territorios las tres naciones históricas internas. Asimismo, la cuestión está implicada en otro hecho: el de que ni las naciones ni las regiones son simétricas unas respecto de otras, ni pueden, por lo tanto, recibir el mismo tratamiento político cuando se trata de atender a sus reclamaciones de competencias relacionadas con asuntos de autogobierno.

Partimos, pues, del supuesto de que las asimetrías se dan en la naturaleza y se reflejan en la cultura por medio de formas de vivir y de identidades, individuales y colectivas. Quizá hasta podríamos proponer la distinción existente entre un nacionalismo que llamaremos ligero y flexible y un nacionalismo que definiríamos como pesado y duro de resolución. El primero es políticamente simétrico, porque en su interior no contiene otras naciones, y el segundo es asimétrico, porque en su interior contiene otras naciones. El Estado/nación asimétrico se reconoce precisamente en las pluralidades que incluye. En cambio, el nacionalismo simétrico es una construcción política pensada como una unidad cultural y étnicamente homogénea: es una identidad fundada en una lengua, una historia y una voluntad política cohesionada por el principio de una idea nacional que incluye un pueblo singular.

La asimetría resulta de una comparación entre formas propias, las de cada nacionalidad o de cada regionalidad, relacionadas entre sí por medio de un Estado que impone la relación de interdependencia. El Estado español, por ejemplo, es interiormente asimétrico: regiones y naciones, demografías diferentes entre cada una de estas identidades, lenguas distintas, tamaños territoriales desiguales, historias que han gravitado en forma de experiencias e influencias específicas.

Este conjunto interior, el del Estado, es, por eso, asimétrico, y así los nacionalismos que defienden las naciones internas y los llamados regionalismos exhiben identidades, desarrollos materiales y estructuras sociales diferentes. En estas circunstancias, las asimetrías son, a la vez que isomorfias cuando las consideramos en términos del concepto de comunidades autónomas, isomerías o propiedades internas consistentes en incluir contenidos diferenciados. Se trata, incluso, de divergencias cualitativas —de identidad histórica, de lengua y de orientaciones políticas— en cuyas asimetrías se reconoce la necesidad de ser tratadas también de forma asimétrica. En este conjunto, lo que es simétrico para sí mismo, es asimétrico para los demás.

De acuerdo con esta perspectiva, los nacionalismos de Estado y de liberación son también asimétricos entre sí. De hecho, el problema consiste en que, mientras la mayor concentración de energía y de recursos estaría representada por las fuerzas reunidas por el Estado, la menor la representarían los nacionalismos de liberación. En estas circunstancias, parece indudable que la menor disponibilidad de recursos por parte de los nacionalismos de liberación aconseja la realización de políticas más flexibles que las del Estado. Éste sólo adquiere flexibilidad a partir de la presión democrática. En la medida, asimismo, en que los énfasis del Estado permanecen configurados en torno a nociones de concentración de las energías materiales, sociales y políticas constituidas por la reunión y control de sus diferentes identidades internas, en dicha medida estas últimas se comportan como variables dinámicas cuya concurrencia en forma de corrientes asimétricas dentro

del Estado contribuyen a que éste se distinga por ser una clase de identidad política históricamente inestable, una que, mientras intenta estabilizarse, al mismo tiempo sólo consigue estimular su propia desorganización.

En situaciones de asimetría política y cultural activa, como las que contemplamos al considerar el estatus histórico de las identidades regionales y nacionales, es indudable que las condiciones políticas de cada participación efectuarán también resultados diferentes. En estas condiciones, el nacionalismo de las naciones internas no sólo discrepa de los regionalismos, sino que se comporta como una reacción dinámica de su misma diferencia que resiste la simetría que pretende imponerle el Estado. En todo caso, tampoco debe uno perder de vista el hecho de que toda simetría lo es sólo aparentemente, en tanto es un holismo o configuración. O sea, dicha simetría la obtenemos a partir de una comparación que incluye, primero, el concepto de cultura específica y, en el caso político, las ideas de región y de nación se constituyen en nociones de identidad que hacen posible establecer diferencias en historias y en adaptaciones territoriales.

El Estado plurinacional y poliregional, por ejemplo, no es una noción suficientemente simétrica, y no lo es incluso cuando sus leyes o legislaciones pretenden ser universales. Por su estructura orgánica más compleja y por las reuniones de culturas e identidades diferentes que incluye, el nacionalismo de Estado suele identificarse en sus intensidades con el centralismo funcionario y con el intelectualismo orgánico de su origen fundacional. En este sentido, el nacionalismo de Estado es duro y conservador. En comparación, y lo que respecta al nacionalismo de liberación, el hecho de que éste reúna menos recursos no le impide, sin embargo, ser más flexible en sus maniobras políticas mientras, asimismo, utiliza de forma más compacta los medios de que dispone. En la experiencia histórica comparada, los nacionalismos de liberación suelen emplear menos recursos materiales que los utilizados por el nacionalismo de Estado, pero, en ciertas situaciones, su capacidad para desorganizar al adversario es mayor porque también éste,

el Estado, en su diversidad interna, es adaptativamente más vulnerable por ser, asimismo, menos simétrico respecto de las demás identidades.

En estas circunstancias, si las asimetrías son en sí mismas la expresión de diferencias históricas en las formas y en los contenidos de las identidades, también es cierto que los diversos conjuntos simetrizados son fácilmente causa de dialécticas de confrontación entre sí y con el mismo Estado. Si en la cadena trófica son identidades desiguales, al mismo tiempo, cualquier desequilibrio en sus relaciones de dependencia introduce desorganización y ventajas para los más compactos en su capacidad de resolución. Según eso, los nacionalismos interpretados como sistemas políticos de acción, más que asegurar simetrías, predicen diferenciaciones, especialmente cuando asumimos que lo empírico siempre se nos ofrece como una estructura asimétrica, con excepción de su análisis racional o científico, en este caso una abstracción.

No se trata de usar los mismos patrones de medida cuando pensamos en fenómenos o en empirismos. Y así, la ciencia política, entendida como el estudio de los conflictos sociales que derivan de las decisiones del poder o de las pugnas introducidas por las resoluciones de éste, permite observar que lo empírico difícilmente puede ser simétrico cuando la realidad fenomenológica de la naturaleza nunca lo es en sus especies y adaptaciones. De hecho, entonces, el nacionalismo, en cualquiera de sus manifestaciones, es una combinación de fenómenos y de empirismos no se someten en su actividad a tipologías de acción simétricas o a tratamientos de este carácter. En este sentido, cada nacionalismo no es empíricamente unificable con otro nacionalismo, cualesquiera que sean las circunstancias con las que se pretenda uniformizarlo.

Las explicaciones son, en todo caso, asimétricas en toda comparación y son, por lo tanto, simétricas sólo respecto de una racionalización parcial. Fuera de éstas, se limitan a permanecer en estado de hipótesis permanentes o sin grandes probabilidades de verificarse empíricamente. Incluso cada nacionalismo, siendo singular por sí mismo, nunca es un sistema

cerrado, y especialmente los de liberación tienden a manifestarse en forma de una actividad de carácter temporal irrepetible. En la medida, asimismo, en que los colectivos nacionalistas actúan con relación al Estado que los contiene, también su simetría política se desorganiza a partir de estas interferencias. Ésta es una razón por la que el carácter del nacionalismo nunca adopta una constitución o forma definitiva. Su existencia no depende de sí mismo, sino que es también una función de la actividad respondiente del Estado, especialmente cuando el nacionalismo de éste se comporta como una entidad aparentemente cerrada. Empero de eso, cualquier insurgencia o actividad de resistencia por parte del nacionalismo de liberación, abre procesos de inestabilidad que afectan a los equilibrios del sistema.

En ninguna circunstancia los nacionalismos, en su temporalidad empírica, pueden reconocerse a sí mismos como iguales en el presente como lo fueron en el pasado. De hecho, ni siquiera podemos hablar de fenómenos predictivos, como los que se contienen en las leyes jurídicas, pues éstas en cuanto son materiales intelectuales de la experiencia política, son una función de la historia de los empirismos sociales, y siempre permanecen en estado de asimetría respecto de la realidad activa, especialmente cuando reconocemos que ésta es cambiante y sujeta a la influencia de los actos de las identidades diferentes. Por eso, si, históricamente considerados, los sistemas políticos demuestran estar abiertos, los nacionalismos en sus asimetrías demuestran ser empíricamente inestables e impredecibles, pero, y sobre todo, atestiguan ser causas de temporalidad en los sucesos políticos que producen.

Dentro de estas circunstancias, si existen procesos conocidos del paso de una etnia a nación, o de una etnia a región, y si en ambos casos estas entidades pueden ser conducidas a una autonomía política de tratamiento simétrico, como pretenden las regiones respecto de las nacionalidades en el caso español, es obvio que la asimetría real que las distingue se alza como un obstáculo empírico, por ser cada identidad una diferencia de manifestación inevitable en su discurso. Este discurso siem-

pre significa la existencia política de un otro que políticamente nunca es isomórfico en sus estructuras y cualidades. Así federar lo diferente es más difícil que confederarlo, porque en esta última opción la voluntariedad sustituye a la obligatoriedad. Mientras ambos nacionalismos, el del Estado y el de sus naciones internas, se oponen entre sí, y mientras cada uno de ellos expresa intereses desiguales o asimétricos, o sea, los que resultan de la relación entre un Estado/nación dominante a otra de nación dominada, al mismo tiempo advertimos que sus mayores desarrollos de confrontación ocurren cuando cada nación es estorbada o combatida en su realización nacional por la otra. Se trata, en este sentido, de dos clases diferentes de consciencia política y de situación, pero también de recursos materiales e institucionales distintos. Por una parte, el nacionalismo de Estado dispone de las ventajas jurídicas del *statu quo* y, por lo mismo, de reconocimientos políticos internacionales que sólo suelen desmentir los conflictos internacionales dirigidos a conseguir el poder internacional. En la normalidad de las relaciones políticas internacionales, la ONU, la UNESCO o la misma Unión Europea, por ejemplo, el *statu quo* suele favorecer más al nacionalismo de Estado que al nacionalismo de liberación, precisamente porque éste afecta a la estabilidad de las relaciones políticas entre los gobiernos y somete a presión los equilibrios históricos asumidos por las potencias.

Sin embargo, lo más cierto es que los nacionalismos de liberación no sólo representan ser causa de conflicto y desequilibrio políticos, sino que, asimismo, tienen el carácter de movimientos moralmente superiores a los del nacionalismo de Estado. En una perspectiva histórica, el nacionalismo de Estado ha sido la expresión de místicas de unidad, en unos casos religiosa, y en otros de entusiasmos de reunión política de la diversidad para el objeto de transformar ésta en ideales homogéneos, suprimiendo, en todo caso, las diferencias discrepantes, de cultura y lengua, sobre todo, para conseguir, por este medio, un sentimiento de unidad en el curso de la infusión de una misma consciencia de identidad. Por el contrario, aunque también se dan las místicas religiosas, en las condi-

ciones europeas contemporáneas, las organizaciones que sustentan el nacionalismo de liberación participan de ideales democráticos y de justicia, de recuperación del autogobierno y de autorrealización de la identidad colectiva.

En este discurso de dualidades, cuando el problema se produce dentro del contexto de un Estado democrático, el nacionalismo de este último es menos agresivo y más negociador, y como consecuencia el nacionalismo de liberación cede también gran parte de su agresividad, de manera que en estas condiciones, aunque los ideales democráticos suelen referirse más a derechos de los individuos que a derechos de los colectivos o naciones sin Estado, empero, las concesiones entre las partes políticas son más frecuentes. Eso es más cierto en el interior de los Estados democráticos que en el de los autoritarios. Y es más probable, asimismo, que ocurra entre las partes nacionales sin Estado, pero situadas dentro del ámbito de la misma gran tradición, como entre europeos, que ocurra, en cambio, entre europeos y naciones de otros continentes donde la relación entre las partes es de origen colonial más expresivo, pues en la mayor parte de los casos, en estas últimas situaciones, intervienen problemáticas de carácter racial y diferencias culturales profundas tanto en materia de tradiciones y de lenguajes, como en materia de interpretaciones semánticas del comportamiento.

En otros sentidos, la cuestión nacional históricamente más dramática concierne a las naciones pequeñas, pues si por una parte suelen disponer de apoyos precarios por parte de las potencias en liz por el poder mundial, por otra se distinguen por el hecho de su inferioridad demográfica respecto de aquellas naciones que las han incorporado al seno de un Estado, en este caso plurinacional. En realidad, las naciones pequeñas suelen carecer de oportunidades para consolidarse políticamente de un modo estable. Ésta es una de las razones por las que sólo pueden aspirar al empleo de estrategias políticas basadas en el aprovechamiento de las contradicciones que se dan entre los Estados que las asumen.

El problema del *statu quo* no es, por lo tanto, una cuestión de cuán estable es la permanencia de la nación pequeña en el seno de un Estado, sino el de hasta qué punto aquélla obtiene compensaciones derivadas de su voluntad de cooperación política con dicho Estado. En este sentido, si el *statu quo* se nos propone como una forma de relación jurídica de carácter permanente entre el Estado y la nación pequeña, lo que importa es disponer que los límites del *statu quo* lo sean manteniendo una opción política abierta dentro de la cual la nación sin Estado pueda mantener una vinculación con éste definida por la ampliación permanente de la estructura de su poder y conseguir, por este medio, el reforzamiento de su posición política para ejercer el autogobierno. Esta posición sólo puede garantizarla el juego democrático y una Constitución abierta, tanto como lo es la misma cultura de las sociedades occidentales. En el contexto de esta coyuntura, el problema estratégico de los Estados consiste en su capacidad política relativa para negociar un sistema jurídico flexible, lo suficientemente amplio como para que dentro del mismo siempre quepan las aspiraciones políticas de sus naciones internas. De hecho, este planteamiento, basado en el enriquecimiento constante de la estructura política del sistema, supone el funcionamiento de formas jurídicas elásticas. Sólo éstas aseguran que no se produzca el desorden político que sigue a los rompimientos constantes que suceden cuando el sistema jurídico no prevé el alcance de la presión interna y crea, por eso, incertidumbres suficientes como para producir ansiedad política permanente.

De este modo, el *statu quo* que asegura sin traumas políticos el reequilibrio de sus grupos nacionales para la asociación es, en unos casos, el federativo, y en otros, el confederal. La decisión sobre este particular depende de las ventajas que ofrezca esta solución a las partes implicadas, pero es indudable que si el sistema federal las hace iguales porque lo son desde el comienzo, el sistema confederal las contiene asimétricamente, porque no entran ni salen siendo iguales en el pacto jurídico que resulta de esta negociación.

II. RACISMO EN LOS NACIONALISMOS

El racismo acompaña a los nacionalismos de Estado cuando éste lo encontramos relacionado con tradiciones políticas vinculadas a la expansión ultramarina y al colonialismo por conquista militar y por expansión de una administración política que incluye la implantación de poblaciones racialmente diferentes a las nativas. En este sentido, el colonialismo se constituye en una de las fuerzas históricas fundadoras del racismo y, por añadidura, éste suele acompañar al mismo desarrollo del Estado y a las expansiones ultramarinas cuando éste, asimismo, sitúa sus propias colonias de gentes en territorios ajenos. En un proceso histórico posterior, o que siguiera a la conquista de unos grupos raciales por otros, el mismo nacionalismo de Estado que produjo la movilización de sus poblaciones hacia el exterior ultramarino impregna e insufla esta ideología nacionalista a los pueblos sometidos y de raza diferente, y como, resultado de su organización política resistente, producen un nacionalismo de liberación. En este sentido, el carácter del nacionalismo de Estado que implanta su administración política y poblaciones propias en territorios ultramarinos es propiamente uno de tipo racista, y no es difícil observarlo en las relaciones de los europeos en África, por ejemplo, y, por extensión, en las de muchos europeos en sus tratos interpersonales con individuos de este origen africano en diferentes países de la Europa occidental, que es, en este caso, la que reúne un mayor número de experiencias migratorias relacionadas con el mercado de trabajo en sociedades abiertas y, paradójicamente, democráticas entre ciudadanos de su misma identidad racial. Éstas podemos considerarlas variables o alternativas que se pueden observar en el discurso histórico de las formas de nacionalismo.

En este punto, nos permitiremos efectuar una digresión sobre el racismo que, si bien puede aparecer como marginal a este discurso del nacionalismo colonialista, sin embargo, en la historia de la dialéctica de este último, reclama también un puesto significativo. Me refiero a las mismas construcciones

ideológicas que conciernen a las actitudes implícitas en el racismo. Al comienzo, esta incursión nos impele a significar que el racismo dispone de argumentos fáciles o de consciencia simplista que tienen su origen en explicaciones naturalistas, todas ellas asequibles a inteligencias que fundan la explicación de los fenómenos vivos a experiencias clasificatorias de carácter formal.² Así, la razón racial hay que pensarla a partir del principio de un reconocimiento de la existencia de una diferencia natural o anatómica, pero la razón racista hay que pensarla desde la historia política de la racionalidad emotiva del colonialismo y de una construcción ideológica basada en actitudes de origen cultural. Así, mientras se reconocen motivaciones asimilacionistas entre iguales raciales, se observan, por el contrario, motivaciones separadoras entre diferentes raciales percibidos, sobre todo, cromáticamente.

Por eso, en el racismo la aproximación y, sobre todo, la clonación cromática relativa son causa de aproximaciones raciales y causa, asimismo, de rechazo profundo del menos cromático sobre el otro más cromático. La relación inversa es más difícil percibirla, aunque en una de nuestras experiencias de campo, en la Guinea Ecuatorial, pudimos observar una discriminación masiva de las mujeres negras hacia una mujer blanca en una de las aldeas indígenas. En este punto, el modelo de las actitudes que percibíamos era el mismo que podría darse a la inversa; sin embargo, no disponemos de suficientes datos comparados sobre esta clase de actitudes en otras poblaciones africanas. De todos modos, en las poblaciones europeas es frecuente la idea de que cuanto más al norte uno se encuentra, mayor es su tendencia a rechazar a los habitantes del sur, precisamente porque también comienzan a ser mayores las diferencias cromáticas: muy blanco/rosados en las regiones septentrionales o escandinavas, y simplemente blancos amorenados en las meridionales. Estas percepciones son, desde

2 Un tratamiento de esta problemática lo hemos efectuado en otras ocasiones para situaciones específicas de carácter comparado. *Vid.* Esteva, *Razas humanas y racismo*, Barcelona, Península, 1984, y *El mestizaje en Iberoamérica*, Madrid, Alhambra, 1988.

luego, más radicales cuando se trata de representar personas de Noráfrica, sucesivamente más oscuras, y aún más cuando la percepción hace referencia al hecho de ser negros. Entonces, aunque la actitud racista puede esconderse efectuando unas primeras relaciones amables o de cortesía, sin embargo, la separación existencial llega a convertirse en una idea de separación esencial.

Desde luego, cabe recurrir a ciertos antecedentes para determinar hasta qué punto las relaciones sociales fundadas en el racismo mientras sugieren fenómenos conflictivos, y aunque en su origen éstos tienen que ver con ideas de linaje, familia o descendencia, lo cierto es que a partir del siglo XVI, y coincidiendo con el nacionalismo que acompaña a las grandes expansiones europeas ultramarinas, se produce una cierta aplicación de carácter bifurcado, en el sentido de que mientras, por una parte, se nos aparece como un producto de los naturalistas y es una forma de racionalización adscrita a taxonomías y clasificaciones derivadas de la observación científica sobre el reino animal, por otra, se acoge a una percepción social de las diferencias raciales en las que ciertos grupos de población, especialmente integrados en aquel nacionalismo de Estado que asalta continentes, al mismo tiempo que conquista y somete a sus gentes diferentes, crea la tradición de clasificarlas en categorías de poder subordinado y de inferioridad intelectual. Por eso, mientras se trataría, por lo tanto, de nociones taxonómicas para usos prácticos en el caso de los naturalistas, se convertiría en racismo o percepción despreciativa sobre el otro cromático a partir de la concepción colonialista que sugiere el nacionalismo de Estado.

Los cuadros o pinturas relativas al mestizaje en los territorios coloniales de España en América podemos considerarlos como ejemplos de clasificación racial que traducían, por otra parte, formas de estratificación racial. El régimen social prevaeciente en aquella América española era el propio de una sociedad constituida en forma de castas. Según este principio, los diferentes grupos raciales, indios, españoles, negros y mezclas derivadas habrían ocupado posiciones de estatus adscritas

en función de su origen racial.³ Por este medio, cuando el colonialismo ha perdido su poder expansivo y ha restringido éste al propio Estado/nación, la secuela del racismo ha permanecido adscrita o heredada en parte por grupos integrados en el nacionalismo de Estado.

En su carácter específico, el racismo discriminatorio lo encontramos caracterizado, asimismo, e indistintamente, en situaciones en las que los blancos forman una minoría racial, como en Sudáfrica o en otras poblaciones coloniales europeas en África, especialmente, y en otras donde son mayoría como en Europa y Estados Unidos. Como ha destacado Béteille,⁴ aunque en estas condiciones los africanos son tratados como gentes inferiores por los blancos, es evidente que mientras en Estados Unidos se han desarrollado entre las primeras elites dirigentes, éstas se distinguen por el hecho de imitar el estilo de vida euroamericano, en definitiva la cultura de los blancos, y desdeñan, en este sentido, los rasgos culturales que pueden haberles transmitido sus antepasados, los que fueron esclavos. Con excepción de unos pocos elementos, observados por nosotros en ocasiones de campo, pueden ser aceptados por los blancos elementos culturales de signo estético africano, como en músicas táctiles y expresionistas y admirar al africano en hazañas deportivas. Sin embargo, los valores existenciales y sus apoyos ideales, expresados en el *éidos* y en el *ethos*, suelen ser los blancos o conformes con las tradiciones culturales de esta civilización.

En cierto modo, mientras el racismo se ha configurado como una especie de actitud por cuyo medio se justifican las desigualdades sociales y la dominación natural de un grupo sobre otro, al mismo tiempo ha dotado a los racistas de argumentos fundados en claves naturalistas. Podemos asumir, por lo tanto, la existencia de un nacionalismo racial fundado en la estimulación del orgullo histórico puesto en los alicientes de una consciencia de civilización avanzada, y podemos observar éste

3 Cfr. Moreno, *Los cuadros del mestizaje americano*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1973, y Esteva, *El mestizaje en Iberoamérica*, cit.

4 Cfr. Ingold (ed.), *Inequality and Equality*, 1994, p. 1,024.

en forma de despliegues de energías patrióticas capaces de encontrar en la propia diferencia racial un motivo de homogeneidad suficiente para aglutinar un esfuerzo político dirigido a la dominación, a culminar finalmente en la consecución de un poder “natural”, el de una raza sobre otra.

De este modo, la idea de desigualdad que pueda manifestarse dentro del mismo grupo racial puede ser trascendida por otra de desigualdad fuera del grupo racial, de manera que el nacionalismo puede significar la ilusión de un logro: el de conseguir que todos los miembros de un grupo racial se unan entre sí por medio de una ideología esencialista, donde el mismo nacionalismo se comporta también como un esencialismo histórico dotado de capacidad para racionalizar el prejuicio contra el otro como pretexto para organizar el sentimiento de seguridad del propio yo.

En esta historia del nacionalismo de Estado que construye argumentos a la vez integradores y separadores, con relación al racismo se observan también otros hechos. Por ejemplo, en términos de religión y acompañando a las expansiones intercontinentales, unas razas se han clasificado como heréticas, infieles o paganas, y en unas primeras versiones siempre se ha manifestado una idea de naturaleza en dichas taxonomías. Incluso, y como consecuencia de las aplicaciones de la idea naturalista del concepto de raza, los negros fueron esclavizados en función de que eran esclavos por naturaleza. Por eso, incluso el principio naturalista de que los seres humanos son diferentes en función de las adaptaciones climáticas, juega en favor de la idea de que las razas son fenómenos extrínsecos incontrolables, o dados, más que por la genética propia, por la naturaleza exterior. Sin embargo, podemos intentar otra digresión y destacar que esta teoría naturalista no la consideramos como causa principal del racismo, pues siguiéndola se llega a la conclusión de que si las causas son externas, se pueden modificar las relaciones ambientales que producen las diferencias raciales. Por lo tanto, en esta teoría ambientalista, el problema es de causalidad externa y no es, por lo mismo, de origen genético primero. En cambio, la ideología racista sos-

tiene que las razas se dan genética o intrínsecamente, de manera que, por eso, una es superior o inferior a otras por naturaleza.

Una ampliación histórica podemos advertir en el hecho de las prácticas endogámicas, de las alianzas de sangre establecidas por las noblezas y las monarquías que les sucedieron. Se trataría de una actitud exclusivista en la que el esencialismo genealógico estaría significando las ideas aristocráticas de las elites que se dirigen a obtener el poder absoluto. Así, los principios del modelo genealógico serían adoptados más tarde por los racistas. De hecho, muchos de los conceptos dinásticos han estado a menudo en crisis a causa de la debilidad genética introducida entre sus miembros por las endogamias sanguíneas que causan cansancios vitales. Sin embargo, aunque las probabilidades de que se produzcan estos cansancios son menores cuando se trata de conjuntos raciales formados por millones de individuos, lo cierto es que el modelo aristocrático se corresponde dialécticamente con el del nacionalismo racial, y ésa sería también una causa de rechazo de los mestizajes,⁵ al entender el racismo que las mezclas raciales son contrarias a las dotaciones genéticas que la naturaleza proporciona a cada raza como a potencial específico y forma concreta de expresarse ella misma en la civilización que le es idónea. De hecho, lo que en el caso de los aristocratismos endógamos sería un asunto de diferencia social, en el racismo se convertiría en asunto de nacionalismo racial.

La antropología física ha reforzado durante mucho tiempo la taxonomía naturalista, y en gran manera lo ha hecho reproduciendo las clasificaciones bíblicas de las tres ramas humanas derivadas de Sem, Cam y Jafet, originadas en Israel y distribuidas por el mundo y, asimismo, convertidas más tarde en blancos, amarillos y negros, con ramificaciones secundarias en cada grupo troncal, incluidas las estirpes o cepas mestizas.

5 Sobre esta problemática histórica del mestizaje me he referido en Esteva, *El mestizaje en Iberoamérica*, cit. y también en este mismo lugar he planteado las ventajas de la heterosis o vigor híbrido como uno de los atributos introducidos por el mestizaje, incluido el de la movilización cultural.

Este pensamiento antropomórfico tendría, pues, sus antecedentes en el espíritu genealógico de la Biblia, de manera que la clasificación naturalista vendría después a refrendarla convirtiéndola en científica mediante el empleo de métodos taxonómicos basados, asimismo, en frecuencias o cuantificaciones estadísticas y en mediciones biométricas y somatotipológicas. En estas condiciones, el naturalismo biológico se halla inscrito en las clasificaciones raciales de la antropología física. Así, se nos proporcionan dos suertes de clasificación: 1) estrictamente morfológica o medición basada en rasgos físicos visibles como el color de la piel, formas craneales, prognatismos faciales y proporciones entre tronco y extremidades, y 2) relacionadas con la herencia de caracteres biológicos, generalmente objeto de la genética. En todo caso, mientras los primeros atribuyen los mayores grados de determinación a las influencias ambientales, los segundos tienden a construir sus taxonomías en función de los antecedentes biológicos y genealógicos de las familias y subespecies raciales en términos de contenidos más que de formas.

Este desarrollo clasificatorio antropofísico no sólo se ha dado en los términos de la taxonomía física aplicada a los seres humanos, sino que ha seguido produciéndose en otros campos, como en el de la lingüística, sobre todo cuando en ésta vemos que las distribuciones regionales de las lenguas tienden a coincidir con las clasificaciones raciales. Así, las lenguas indoeuropeas son las de los blancos, las amerindias de los indios y las de los africanos de los negros, y así sucesivamente en Asia y Oceanía.

El problema en este punto concierne al hecho de que algunos lingüistas olvidan con cierta frecuencia que las lenguas, lo mismo que las culturas y los seres humanos evolucionan, y al mismo tiempo que lo hacen por contactos e intercambios entre los grupos e individuos diferentes que las hablan, es también cierto que, en el espacio y en el tiempo, los hombres emigran y adquieren otras lenguas; de manera que, si los miembros de cada grupo racial se trasladan de un lugar a otro del planeta, es obvio que quienes hablaban antes un idio-

ma bantú, o nahuatl o quechua, ahora lo hacen en inglés en Estados Unidos, en Kenia o en Liberia los que eran descendientes de los primeros, o francés en África occidental y de los africanos nacidos en Francia, y sucesivamente español los que antes hablaban lenguas indígenas en Hispanoamérica.

Conforme a este planteamiento, hablar de clasificaciones lingüísticas y asociar éstas con grupos raciales puede resultar engañoso, si no se tiene en cuenta el hecho de que la movilidad humana introduce factores constantes de recombinación adaptativa, tanto como estimula el cambio de unas lenguas por otras, hasta el punto de introducir modificaciones dialécticas en lo que se refiere a la posición política de las lenguas y a la relación entre éstas y razas. La mayor globalización cultural de las poblaciones humanas se convierte en fuente de recursos lingüísticos diferentes a los que podrían pensarse como territorialmente originales y hasta definitivos, pues si, por ejemplo, se nos dice que los primeros pobladores americanos penetraron en este continente por el estrecho de Behring, uno puede preguntarse, ¿hasta qué punto no son asiáticos los troncos y familias de las lenguas indoamericanas, o hasta qué punto sí lo son, y en qué medida permiten realizar correspondencias raciales cuando observamos las diferencias que se dan entre asiáticos de origen y mayas o quechuas? Éstas son preguntas donde las hipótesis tienden a significar que las concordancias entre lenguas y razas son tan históricamente inestables como la misma humanidad.

Conforme a estos enfoques, los antropólogos han seguido durante un cierto tiempo usando criterios de clasificación en los que se confunden naturaleza y cultura. Desde esta perspectiva, y en relación con las clasificaciones lingüísticas, es evidente que éstas son más propensas que el culturalismo estricto a considerar la interacción naturaleza y cultura como ciertamente dinámica en la medida en que el lenguaje no sólo es un hecho cultural, sino que es también un hecho derivado de la misma evolución humana que hace posible el habla. En este sentido, el lenguaje es también un factor proclive a ser estudiado como un hecho de evolución natural, y, por lo mismo,

puede ser explicado como una variación del comportamiento que se da desde la naturaleza.

En el caso de la lingüística, parece evidente que la racionalización en la que se halla implicada se corresponde con fenómenos de observación que, asimismo, podemos designar como inconscientes en la medida que una clasificación en sí misma no es necesariamente adjetiva cuando pretende ser objetiva a partir del suministro de elementos o de categorías homogéneamente diferenciadas, tanto descriptivamente en su morfología como comparativamente en los fenómenos del comportamiento, en este caso, lingüístico, y entendido en función de orígenes primordiales que son, por otra parte, la expresión de rasgos y complejos morfológicamente específicos.

Cuando uno describe desde la antropología estas diferencias, y cuando éstas las define en forma de tipologías humanas destacando orígenes y cepas únicas, por ejemplo, los negros en África, los blancos en Europa y los amarillos en Asia, ¿no está realmente produciendo elementos de clasificación que, siendo raciales o lingüísticas en su descripción, también permiten desarrollos racistas? Conviniéndolo así, uno piensa, por ejemplo, en los fenómenos culturales y de civilización. Haciéndolo así, y por comparación, también obtiene convicciones objetivadas acerca de hechos tales como reconocer que las sociedades avanzadas coinciden con una civilización fundada en el incremento constante de la estructura de sus conocimientos científicos y con la aplicación de tecnologías sucesivamente más capaces de aumentar las energías productivas y la diversidad estructural de sus elementos.

Representada de este modo la problemática de que nos ocupamos, llegamos definitivamente a la conclusión de que el racismo es un producto cultural, puesto que tanto el procedimiento de clasificar como la actitud de juzgar son hechos culturales, pues en sí mismos los hechos naturales no emiten juicios. Según eso, el racismo emerge de la racionalización que se adjudica a las actitudes que mantienen unos grupos de personas, racialmente clasificadas, respecto de otras que son diferentes en este sentido. Se trataría de una historia que se

nos aparece impregnada de convicciones éticas. Espigando en algunos de sus antecedentes, podemos relacionar estas actitudes con experiencias individuales formadas en el seno de una consciencia culturalmente morfologista, indirectamente científica por sus vinculaciones con las explicaciones naturalistas, pero realmente integradas en las experiencias del nacionalismo expansivo basado en construcciones ideológicas de carácter colonial. Este morfologismo no es necesariamente conflictivo en sí mismo, pero el hecho de que se corresponda con la existencia de grupos sociales específicos que se aplican a distribuir el estatus y posición formal de los individuos en la sociedad en función de cromatismos y de morfologías somáticas, supone también la intervención de factores de poder adscritos a las semánticas que resultan del color de la piel y de la estructura corporal de las personas. Si dichos factores de poder se manifiestan, como es común, en situaciones de nacionalismo político e intelectual, y si se integran en combinaciones activas de carácter emocional, entonces es muy probable que éstas sean cualidades o atributos que podemos observar en el seno de los comportamientos nacionalistas adscritos al nacionalismo de Estado. En cierto modo, son parte de su estructura inconsciente.

En los casos de colonialismo ultramarino, la diferencia racial se convierte en divisa de dos nacionalismos, el de la nación colonial y el de la nación, naciones o etnias que forman parte de los sustratos indígenas oprimidos. En este sentido, el nacionalismo de ambos es uno de contrarios raciales, y hasta llega a convertirse en racismo excluyente por ambas partes. De este modo, y en estas condiciones, suelen producirse rechazos y cierres del “yo” frente al “otro”. Por eso, el nacionalismo puede también ocultar, en unos casos, o expresarlo en otros abiertamente, nociones racistas cuando el adversario es visualizado tanto como enemigo político, como diferente racial adscrito a una dialéctica de enfrentamientos y estratificaciones sociales que importan a los problemas de igualdad y desigualdad en los derechos humanos. Por añadidura, también es cierto que un determinado número de nacionalismos

de liberación en África y en Asia, después de haber triunfado contra el colonialismo, han alcanzado un carácter político autoritario y ciertamente despótico, pues la lucha revolucionaria que los ha conducido a su liberación nacional también se ha traducido en la construcción de un poder enemigo de las libertades individuales.

El conflicto emocional del racismo tiene lugar, por lo tanto, en situaciones de relación interracial, y supone, de esta manera, que individuos de diferente racialidad conviven en una misma estructura social; esto es, se encuentran unos con otros y hasta dependen unos de otros en las fases ocupacionales o económicas de la experiencia social. Esto significa que en el supuesto de la existencia de poblaciones racialmente homogéneas es difícil que se produzcan conflictos raciales, pues de hecho no se producen relaciones sociales diferenciadas por esta causa. Históricamente, las observaciones empíricas conducen a la idea de que el conflicto racial y, con éste, el racismo son el resultado de participar en una misma estructura social individuos de razas diferentes. Es en estas situaciones cuando se producen los choques raciales y, como decimos en otro lugar, la paradoja del asunto consiste en observar que dichos conflictos son propios de las sociedades abiertas o urbano industriales que se distinguen por el hecho de la convergencia interracial. Por otra parte, también se dan en el interior de las sociedades colonizadas por el imperialismo ultramarino, sin embargo, en estos lugares la situación normal es que se produzca un modo de convivencia social que separa ecológicamente los diferentes grupos raciales. En estos términos, los conflictos tienen un carácter latente, y no suelen definirse en forma de confrontaciones cotidianas, sino más bien conforme a insurgencias explosivas que aseguran el carácter inestable de la situación colonial.

En ambas referencias, sin embargo, las situaciones conflictivas tienen que ver con la idea de racionalizar la presencia de un grupo racial como irrupción en el discurso social del otro, con lo cual resulta que las diferencias ya no son sólo una cuestión de percepción, sino también una de estrategias

adaptativas. Por entonces, el conflicto emerge como una consecuencia de la confrontación interracial, pero surge esencialmente del mismo carácter de la diferencia, una diferencia que, mientras en sí misma sólo indica asimetría cromática y morfológica, se convierte en racismo cuando implica, asimismo, desigualdad de estatus e ideas de superioridad fundadas en esencialismos ontológicos dirigidos a significar la legitimidad de las desigualdades sociales en función de las diferencias raciales. En este punto, la situación racista convierte los fenómenos asimétricos de la naturaleza en causas de justificación de comportamientos basados en actitudes que racionalizan la inferioridad racial e intelectual como productos de la naturaleza, de manera que los individuos y grupos que adoptan el nacionalismo de Estado suelen ser más proclives que los del nacionalismo de liberación en lo que refiere a incurrir en el proceso emocional del racismo.

Por estas razones, no siendo difícil relacionar lengua y cultura con la misma naturaleza, tampoco lo es distinguir las divisiones lingüísticas en función de las razas o estirpes que se han dado originalmente. En estas condiciones, razas, lenguas y culturas suelen ser identificadas por el común simplista como fórmulas inclusivas, y si en las comparaciones cada fórmula describe un desarrollo de civilización técnica más avanzado en unas que en otras, entonces, es fácil reconvertir la clasificación objetiva en actitud subjetiva, una que primero se refleja en formas de estatus social deprimido frente a otras de estatus superior. Si las situaciones de estatus conducen a la rebelión, a las luchas de clases, no lo es menos que la irrupción competitiva de unas razas, con sus lenguas y culturas, conviviendo en el seno de una misma estructura social, como en el caso colonial y en el europeo contemporáneo, se convierte en una confrontación interpersonal, pues también la disputa por el estatus incluye desconfianza y motivos de irritación ante el otro.

Por eso, si la cuestión racial llega acompañada de unos primeros sistemas clasificatorios, y si en éstos, y conforme la lengua es también una forma específica de la identidad, la per-

cepción del otro en forma de raza, lengua y cultura comienza a ser un problema si, además, incluye disputas por el estatus, o sea, por el poder social y político. Tratándose de grupos diferentes interviniendo en el mismo proceso social, es obvio que en sus contrastes, y a partir de procesos de convivencia, la triple identidad se puede transformar fácilmente en una proyección racista.

La precisión del fenómeno lingüístico vinculado a la percepción naturalista del racismo no es necesariamente prístina entre los protagonistas de este desorden ideológico. Más bien presenta algo de confusión cuando se trata de personas relacionadas con explicaciones basadas en el simplismo intelectual a que nos referimos. En todo caso, sin embargo, sí son capaces de racionalizar que las diferencias culturales y físicas son una función de la genética y, aplicando una defectuosa explicación evolucionista, algunos llegan a la conclusión de que si el habla es parte del sistema evolutivo humano, también las lenguas de los negros son inferiores. Así, en el ultranacionalismo mencionado tampoco es difícil percibir que, además de estar acompañado de un cierto orgullo nacional, siempre fundado en hechos de identidad y de referencias al pasado, también tiende a reconocerse en su propia lengua de expansión internacional, expresamente situada en difusiones ultramarinas. Aquí, la idea del ultranacionalista se corresponde con el principio de que las lenguas de mayor ámbito territorial son también las de mayor frecuencia de expresión científica e intelectual, y son también en su origen explicables en función de superioridad política y económica de los Estados nacionales que las poseen.

A este respecto, es indudable que las potencias mundiales suelen promover sus lenguas, a través de Institutos situados en el extranjero, y se tiende a considerar que estas políticas no sólo influyen en el reforzamiento de los prestigios nacionales, sino que, además, son medios de difusión de su actividad expansiva. Así, el conocimiento de ciertas lenguas francas es parte de la visión nacionalista que podemos percibir en estado de solapamiento estratégico en algunas políticas lin-

güísticas. El nacionalismo de Estado suele estar integrado en esta clase de política, y difícilmente podemos advertirle esta misma capacidad al nacionalismo de liberación.

III. SIMPLISMOS EN EL NACIONALISMO Y EL RACISMO

Hemos, pues, subrayado que el racismo tiene como punto de referencia histórica el ejercicio del colonialismo, y también podemos señalar que este último conlleva un antecedente de valor dialéctico: el de representar una diferencia añadida a una diferencia de civilización desigual. Se inscribe, por lo tanto, dentro del concepto de herencia generacional, y se configura en torno a intereses políticos y de estatus. Refiere, asimismo, a modos de percibir al otro, y confiere a esta relación visual o cognitiva primera el carácter de una forma de representación que conlleva registros de experiencia colonial. Por eso, no se trata sólo de significar al otro en forma de una diferencia racial, sino también de humillarlo acudiendo a racionalizaciones subjetivas que pretenden, por otra parte, conducir a la objetivación del sujeto.

Desde luego, es inherente a la idea racista la interpretación de que en ella se da una explicación de hechos que el racista supone que son objetivos, entre otros, pero quizá el más importante, el de que la naturaleza es asimétrica y nos hace diferentes, no sólo en las formas, sino y, específicamente, en la misma destinación adscrita a las cualidades que permiten ser más o menos competitivo en términos de civilización. Y lo que es, asimismo, significativo, en sus desarrollos sociales, cuando los grupos raciales diferentes conviven en el mismo proceso social, se apunta como necesaria la separación de los grupos raciales en forma de habitaciones y localizaciones distintas, incluidos los ghettos, la endogamia racial exclusiva, las reuniones raciales y las sociedades raciales también diferenciadas.

Viéndolo así, en los antecedentes de los cultivadores del racismo se trata de grupos cuyas naciones han ejercido el colonialismo sobre poblaciones culturalmente menos evolucionadas.

das en su tiempo, o que simplemente fueron sometidas por la fuerza de conquistas militares, hasta establecerse éstas como instituciones dominantes sobre las indígenas. En esta línea de razonamiento, es también cierto que a un primer racismo colonial le sigue un nacionalismo unitario en la metrópoli, mientras, al mismo tiempo, en las colonias se mantiene el mosaico poliétnico y plurilingüe pensado como estructura segmentada proclive a favorecer la dominación colonial.

En el contexto de la estructura colonial observamos, por otra parte, que el mestizaje disminuye la agresividad racial⁶ al acercar y fusionar, según los casos, las diferentes genealogías en el interior de una misma estructura social. Sin embargo, es también notable la tendencia de muchos mestizos a comportarse como enemigos del grupo de sus progenitores raciales tenidos como inferiores por los otros dominantes. De hecho, y en nuestras observaciones de campo, dichos mestizos intentan casarse con individuos de la raza conquistadora, para de este modo incrementar el entramado estructural de sus relaciones con el poder y hacer más grande el tamaño de su ego personal.

En una proyección de racismo simplista es frecuente mimetizar el rechazo que se hace del otro racial acudiendo a racionalizar el naturalismo de las clasificaciones zoológicas. En este sentido, podemos recurrir a una experiencia personal tenida en una parada casual, de carácter coyuntural e informal, mantenida con un grupo de jóvenes racistas afiliados o congregados por simpatía ideológica en torno a organizaciones ultranacionalistas integradas en la llamada derecha españolista, que vendían símbolos y publicaciones en la esquina de una céntrica calle de Madrid.

En el curso de la misma, dichos jóvenes me advertían que las personas de raza negra no debían cruzarse o mezclarse con las blancas y que debían mantenerse separadas de éstas. Se irritan habitualmente cuando ven mujeres blancas en compañía de hombres negros. Alguno me dijo que los negros olían

6 Vid. Esteva, *El mestizaje en Iberoamérica*, cit., pp. 303 y ss.

mal. Uno de ellos, el que afirmaba estar científicamente más informado, subrayaba que los negros eran inferiores a los blancos, y lo demostraba destacando que las facciones de aquéllos eran más próximas a las de los símidos que a las de los grupos más evolucionados, para el caso los blancos. Incluso, otro de ellos acudía a destacar el hecho de que mientras los especímenes humanos más antiguos y más lejanos de los individuos modernos se encontraban en África, los más recientes habían evolucionado en Europa. Y otro decía que le molestaba sobremanera que el gobierno español permitiera la entrada de esta raza africana en España. Mientras tanto, se comentaba que les distinguía una cualidad muy notable, la de que no tenían vicios ni se aplicaban a las drogas. Y finalmente, además de declararse muy nacionalistas españoles, dedicaban fuertes insultos al nacionalismo catalán, por no sentirse español. A los nacionalistas catalanes uno de ellos los llamaba “mal nacidos”, y otro los designaba con el nombre de “polacos”, por el hecho de hablar un idioma extraño al castellano.

Los representantes más violentos del racismo, los llamados cabezas rapadas, expresan, como vemos, su rechazo a los negros, e incluyen a los mestizos y gentes de piel oscura en sus diferentes presentaciones de imagen. Por ejemplo, y como destacábamos, manifiestan sentirse incómodos ante personas de las llamadas de color oscuro, descubren olores repelentes en ellas y algunos hasta mencionan que son portadoras de virus y de suciedad. En este sentido, uno de los racistas destacaba que la negritud es equivalente a una escoria que apesta mientras les atribuía cualidades negativas relacionadas con fuerza física bruta, porque no se correspondían con su pobre inteligencia.

Por el contrario, y como ejemplo, destacaban que el racismo siente gusto por el orden y el afeitado, y su identidad como cabezas rapadas es también parte de una imagen que pretende demostrar sentido de la limpieza. En algunos de sus componentes se exhibe su rechazo a lo que consideran anormalidades humanas, especialmente la drogadicción y la homosexualidad, y en este sentido son partidarios de reprimir a las gentes que

practican estas desviaciones. A veces, las noticias mencionan a los cabezas rapadas ejerciendo violencia física contra individuos homosexuales y drogadictos, al mismo tiempo que maltratan a los mendigos y a los que viven en la calle o sin techo. Muchas de estas acciones represoras las racionalizan como actividades de limpieza pública que, piensan, debieran ser premiadas o agradecidas por la sociedad. En este sentido, no ahorran elogios para ellos mismos como agentes de una justicia que las autoridades formales no se atreven a realizar.

Desde el punto de vista de la imagen que pretenden dar a las poblaciones, en especial a las indicadas por raza, homosexualidad, drogadicción y mendicantes, es inspirar el miedo. Suelen sentirse fascinados por el ejercicio de la violencia y, en este sentido, una de sus cualidades más activas es la provocación directa y ostensible contra las diferencias cromáticas y, desde luego, contra las de carácter ideológico adversarias. Simbólicamente, y aunque rechazan el alcoholismo, su consumo alcohólico más frecuente tiene el color "rubio", el de la cerveza. Para conseguir este efecto suelen vestir botas de cuero con placas metálicas adosadas y hasta espuelas que simbolizan agresividad. Gustan de los apodos, y habitualmente visten pantalones de mezclilla, les agradan los uniformes y los tatuajes, y en lo fundamental se identifican con ideas de cruzada por la pureza racial y admiración por el orden social jerarquizado y autoritario. Suelen, asimismo, ser empleados en los servicios de orden y de protección por los grupos políticos de ultraderecha.

En Barcelona, estos grupos han realizado asaltos contra domicilios de partidos políticos que pueden clasificarse como partidarios del independentismo catalán. Y en todo caso, se presentan como enemigos de la democracia, saludan al estilo fascista o extendiendo el brazo en alto. Defienden la unidad de la familia, y correspondiendo a su nacionalismo radical, se sienten como patriotas defensores de la raza blanca, y demuestran un orgullo ostentoso y amenazador cuando se dirigen a personas que aparentemente les disgustan por sus actitudes de rechazo. Se incluyen posiciones singulares como la de mos-

trar arqueadas las piernas y los brazos. Y en sus definiciones de personalidad, aparte de su simplismo ideológico, y de la idea de que defienden la justicia de la civilización blanca, aparecen como abstemios de alcohol y no son fumadores. Generalmente, son individuos comprendidos entre los catorce y los veinticinco años de edad, y son estos últimos, especialmente, los que, reconocidos como más experimentados, acostumbra ocupar la posición de dirigentes de estos grupos. La mayoría de sus miembros proceden de clases medias y hasta altas, aunque también los admiten de clases industriales.

En sus atavismos nacionalistas defienden territorialismos de carácter primitivo o exclusivos y únicos para los que son de la misma nación, y como punto de referencia de sus actuaciones violentas suelen escoger lugares donde se reúnen inmigrantes, racialmente diferentes. Por esta razón, las periferias urbanas o los puntos marginales de éstas son lugares en los que acostumbran demostrar mayor actividad represiva. También se observa su presencia en espectáculos deportivos, especialmente en aquellos donde su agresividad ultranacionalista les permite provocar un conflicto que facilite el ejercicio de su violencia contra grupos de individuos que detectan como adversarios de sus ideas. En estos casos, exhiben musculaturas fuertes, algunos dominan el karate y, aunque atacan en grupo para asegurarse el triunfo, consideran estas peleas como hazañas dignas de ser contadas en su medio social exclusivo.

Evidente, el ultranacionalismo de estos jóvenes no es sólo un fenómeno político español, pues aparece muy extendido en toda Europa, incluidos los rusos. Y lo significativo del caso es el hecho de que lo podemos identificar con el nazismo y con la idea de que la diferencia y la diversidad raciales son enemigas de la buena sociedad humana, y que ésta, evolutivamente, en términos de superioridad de civilización y de inteligencia, habría demostrado ser la blanca. No hay duda, en tal extremo, de que se trata de un nacionalismo adscrito a la idea del Estado/nación. También hemos advertido el fenómeno racista en algunos jóvenes integrados en el independentismo catalán. Lo mismo que sus contrarios, los fascis-

tas españolistas, subliman el nazismo, y se dice que, en los enfrentamientos habidos entre los clubes de baloncesto F. C. Barcelona y Maccabi de Israel, han exhibido cruces gamadas en oposición a los símbolos judíos.⁷

Es asimismo cierto que la densidad ideológica del racismo de estos catalanes es cuantitativamente menor que la de sus otros homónimos, pues el ambiente ideológico les es más adverso cuando la mayoría de los independentistas rechazan la actitud racista, mientras indican que ésta excluye la idea de libertad infusa en el principio de la defensa de la diversidad y de la asimetría que ellos mismos representan. Sin embargo, y desde el punto de vista cualitativo, lo cierto es que, a pesar de su escaso número, adoptan el principio de consagrar el nombre y el territorio de Cataluña como sagrados. En general, se trataría de grupos que representan marginalidades sociales e ideológicas. Habitualmente, sin embargo, se identifican con actitudes de riesgo relacionadas con la estética de la provocación. Cultivan la estrategia mental de que la eliminación de los débiles contribuirá a seleccionar positivamente a la humanidad del futuro. Así, y en gran manera vienen a representar una especie de darwinismo racial prefigurando, una confrontación inevitable entre las razas blanca y negra. Mientras tanto, la agresión física contra gentes de color oscuro la consideran parte de sus ideas de limpieza racial y de aquellas de las estrategias pertenecientes al juego que permite la supervivencia de los más aptos, de manera que la organización de su energía social se dirige a eliminar colectivos raciales. Según el informe de Sánchez y Piñol,⁸ los rapados defienden el principio de que las calles deben pertenecer a los violentos, deben excluir a los débiles y fomentar la eliminación de los negros.

7 Cfr. Sánchez y Piñol.

8 Cfr. *ibidem*.

IV. NEGACIONES DEL OTRO EN LOS NACIONALISMOS

La producción de una identidad negativa suele establecerse teniendo como punto de referencia una presentación del otro en forma de estereotipos destinados a mostrarle como inferior en el discurso inherente a la devaluación que se hace del sujeto. Esta situación registrada por Elegoët⁹ con relación a la idea que se tiene de los bretones por parte de muchos franceses puede aplicarse a las ideas de aquel nacionalismo que tiene como expresión referencial la inferiorización de los grupos nacionales sometidos. Y es especialmente aplicable a los diversos racismos que se estimulan entre muchos grupos europeos. Veamos en cuáles aspectos suele realizarse la negación.

Por vía de principio, aquélla comienza a manifestarse en forma de una alteridad que reconoce diferencias de situación y de condición a los sujetos de una relación. Estos sujetos habrán experimentado previamente la alteridad en forma de una dominación activa ejercida sobre ellos, en este caso, por una potencia política proyectada culturalmente: la de Francia sobre Bretaña. En esta relación, los sujetos son percibidos como parcialidad exótica por parte del grupo represor.

El negado recibe la imagen de ignorante del idioma civilizado, de manera que la lengua se convierte en una identidad de referencia y constituye el factor por cuyo medio el sujeto puede pasar de la ignorancia a la libertad que le ofrece el conocimiento profundo de la lengua dominante. Así, se es libre adquiriendo este conocimiento.

Esta presentación es válida para entender el carácter del nacionalismo de Estado, del francés en este ejemplo, cuando éste se dirige a definir el papel civilizador de la lengua, en el sentido de que si una, la del Estado, exhibe una mayor universalidad o expansión y reconocimientos de uso, es también una fuente de modernidad y de prestigio, o lo que es igual: define una mayor inteligencia.

9 Cfr. Elegoët, Fanch, *L'Identité Bretonne. Notes sur la Production de l'Identité Négative*, Pluriel 24, 1980, p. 45.

Es indudable, en este extremo, que la adquisición de la lengua dominante no es un factor suficiente para retirar la identidad negativa que se le aplica al otro cuando éste, además de ser culturalmente diferente, lo es también racialmente. De hecho, cuando el nacionalismo se convierte fácilmente en racismo es porque añade a la producción negativa de una identidad diferente, la negatividad del otro racial visto intrínsecamente como raza.

El desarrollo de esta última negación de la identidad racial diferente a la blanca integra racionalizaciones que también se encuentran en las del nacionalismo de Estado, tal como han sido reconocidas por Elegoët. Por ejemplo, el otro, para el caso el bretón visto por el francés, desde el comienzo de su dominación por la cultura francesa ha sido presentado por ésta como un individuo presuntamente primitivo, dotado de razonamientos infantiles en los que son predominantes la ignorancia, la rudeza social y costumbres comparables con las de los pueblos culturalmente inferiores. En este contexto, hablar francés sería símbolo de una mejor inteligencia, pues Francia para sus nacionales vendría a ser la medida máxima de civilización. En estos términos, la racionalidad sería la marca distintiva de esta civilización, y en ella la organización y tecnología aplicadas al trabajo serían también elementos de una mejor aplicación de la inteligencia a la explotación de los recursos destinados al progreso humano propio de la humanidad que en esta ideología representa ser más avanzada.

Estas proyecciones del nacionalismo lingüístico aplicadas a los bretones por aquellos franceses políticamente conscientes de que la dominación por la lengua viene a simbolizar más inteligencia y racionalidad es, prácticamente, un fenómeno universal empleado por los monitores culturales representativos de la identidad, en este caso positiva, con que son definidos los modos de racionalidad adscritos al Estado.

Sin embargo, y como destacábamos, si el Estado/nación difícilmente ejerce la reciprocidad simétrica respecto de los otros colectivos nacionales considerados en términos de sus tratos políticos, tampoco suele serlo cuando realiza el juicio cultural

sobre éstos. En tal caso, tratándose de potencias desiguales, los grupos raciales en este contexto, se incrementa la reciprocidad asimétrica, y en dicho extremo a la producción de identidad negativa atribuida al otro se agregan los factores aplicados a la negatividad racial. En este sentido, si observamos el fenómeno de la creencia en la mayor cantidad de racionalidad aportada por el Estado entendido como una creación política superior a la que aportan los nacionalismos de liberación en su desorden, constatamos que los juicios de negatividad aplicados a las razas no blancas a partir de experiencias políticas semejantes, o basadas en la dominación, en la privación de accesos a las oportunidades de estatus a los sujetos dominados, y en el acontecimiento primero de la imposición de un grupo sobre otro, en la expansión física de los miembros del grupo dominante implantándose en los territorios de los vencidos y ejecutando en el seno de éstos una relación de carácter colonial con los nativos, lo que se decide en este caso es la introducción de un proceso de alienación de estos últimos consistente en estimularles la adopción de la cultura del grupo colonial sin admitir, a cambio, la integración de las diferencias cromáticas en una misma identidad.

En el caso de los Estados europeos, la relación con que se desenvuelve principalmente con las naciones anexadas es de colonialismo interno. Y asimismo, cuando en el seno del territorio estatal metropolitano se encuentran grupos étnicos, racialmente distintos a los de la metrópoli, procedentes de las colonias ultramarinas del Estado, como es el caso de los africanos en el seno de los países de Europa que los han colonizado, entonces, entramos en lo que es propiamente una asimetría de trato, el que mencionamos cuando hablamos de la producción de identidades negativas, algo que también funciona en las situaciones de antagonismo que se dan en las relaciones del Estado con sus naciones internas rebeldes. En este sentido, es también cierto que la ideología racista impregna a todos los individuos que acompañan a su versión del nacionalismo negativo aplicado a los nacionalismos de liberación los estereotipos de las clasificaciones naturalistas que hemos

destacado. Así, entonces, no es difícil entender que los equilibrios emocionales que se consiguen en la idea de que los mestizajes contribuyen a incrementar el papel de las percepciones simétricas en las funciones sociales están lejos del nacionalismo considerado más que como una construcción de procesos de liberación, como una construcción de procesos de dominación. En el corazón esencialista del nacionalismo, es difícil obtener aquella clase de racionalidad que sirve para distinguir claramente entre la idea de libertad y la idea de que este resultado es también una vía para la disolución de las construcciones negativas que siguen a la presentación del otro, ya no como nación diferente, sino como raza diferente.

Precisamente en este contexto, Elegeöt menciona a L. Tailhade, autor de principios de siglo, quien para destacar la estolidez de los bretones, los comparaba con negros que viven a la sombra del mendigo, hasta decir, en tono despreciativo absoluto, que los bretones son “el negro de Francia”¹⁰ que llevaba consigo la carga del pecado original.

Como señala, asimismo, Elegeöt, la idea básica que preside la estigmatización del bretón en Francia era la de que todo lo que permanece fuera del centro político, en este caso el Estado/nación, no sólo es periférico, sino que, por serlo, es marginal o inferior al centro.

Así, el centro es la civilización, lo preferente, de manera que la centralidad política es también equivalente a centralidad de las ideas, a equilibrios de civilización, centros, en definitiva, de creación intelectual y de acumulación económica, y en lo fundamental, hogares activos de la civilización. Así, para el nacionalismo de Estado, siempre ocupando una posición central, el poder en las ideas y en los recursos, los nacionalismos de liberación son negativos y su destino es el desorden para sí mismos. Los voceros intelectuales del centralismo suelen expresar a menudo la idea de que el Estado es la forma política más idónea para establecer equilibrios solidarios en las asimetrías que resultan de unir desigualdades nacionales

10 Cfr. *idem*, p. 54.

y regionales. En este sentido, la alteridad que perciben en las demandas políticas de las naciones internas siempre tienden a racionalizarla como una diferencia que debe vertebrarse con la centralidad.

La percepción diferencial que observamos entre ambos nacionalismos respecto a los negativismos atribuidos a otras identidades raciales es en el sentido de que el más fuerte, el del Estado, suele añadir a su pensamiento colonial profundo la idea de que mientras el segundo nacionalismo, el de sus naciones internas, puede disolverse a partir del incremento de sus debilidades estructurales, en cambio, el grupo racial no blanco no puede trascender su negatividad natural de origen, precisamente, porque, por ser un fenómeno natural, es una organización de esencialidades inmodificables a las que corresponde asignar un estatus adscrito o propio al que es inherente a cualidades que no pueden ser asumidas por la otra naturaleza.

En este sentido, la interiorización ideológica de la negatividad es una construcción cultural emanada de la percepción constante de una inferioridad de estatus que se considera “natural”, habida cuenta de la significación naturalista que se hace de la alteridad negativizada. Esta perspectiva, usando un mecanismo ideológico de repetición, acaba ingresando en la percepción del sujeto de la misma, y así se establece una situación de normalidad en la que cada otro racial es una categoría de estatus y una diferencia que los nacionalismos de tradición colonial agregan a sus racionalizaciones subconscientes. De hecho, siempre en esta historia del inconsciente racial está presente el antecedente de una relación colonial. Aquí, para nosotros lo importante es subrayar que para los africanos se produce la misma negatividad de imagen que se da con los bretones en Francia, según Elegoët,¹¹ con la diferencia de que uno, el sujeto colonial marcado por su origen racial no blanco, aparece ser un objeto permanente de inferioridad racial. Esta condición representa una clase de experiencia que contribuye

11 Cfr. *idem*, p. 63.

por sí misma a producir un conflicto irresoluble desde la situación de la raza rechazada, pues ésta desde sí misma sólo dispone de su identidad negativa, incluso para ella misma. Por añadidura, los nacionalismos culturales de Estado tienden a magnificarse y parten del supuesto de que los otros raciales deben culturizarse en la cultura del Estado al que están adscritos. La paradoja de esta posición reside en el hecho de que, mientras los Estados se disputan entre sí el ser objetos de admiración por parte de quienes, sin embargo, son considerados como sus inferiores, al mismo tiempo estimulan en estos la imitación de sus logros culturales. Empero, y es significativo, en la consciencia subjetiva de las elites políticas de los Estados europeos se producen ansiedades y contradicciones en algunos puntos. Por una parte, la homogeneidad nacional es un objetivo político principal, y en éste se parte del principio de que el Estado debe ser una nación única. En estos términos, los nacionalismos de liberación que surgen de sus naciones internas alteran el orden emblemático de las fuerzas jerárquicas que mantienen unida a una sociedad nacional, su consciencia histórica, sus instituciones comunes y su lengua. La entrada de elementos extraños se identifica, por otra parte, con el extranjero y, especialmente, con el diferente racial. Este diferente conduce a una heterogeneidad cromática que se siente y se percibe como negativa por parte de las capas más conservadoras de la sociedad tradicional, habitualmente identificada con la historia colonial y con el nacionalismo de Estado, el del *statu quo* que asegura la normalidad social.

De hecho, importa subrayar que, mientras son pocos los políticos y los diferentes grupos blancos que rechazan la idea de que las otras razas adquieran la cultura europea, al mismo tiempo, son también muy pocos los que asumen que esta adquisición pueda extenderse a la mezcla e integración social de las alteridades raciales. Se observa, en este sentido, la actividad de un fenómeno aparentemente disimulado dentro de la defensa de los llamados derechos humanos. El fenómeno a que nos referimos consiste en el hecho de que cuanto más el alter racial acude a ser europeo tratando de integrarse social-

mente con éste y ser también como éste, más violenta comienza a ser la respuesta del europeo resistiéndose a convivir con el otro racial.

Uno puede observar en los movimientos nacionalistas radicalizados adscritos a la ideología del Estado/nación la exhibición de cruces gamadas, insignias diversas, publicaciones de difusión ideológica y banderas confederadas o identificadas con el sur histórico de los Estados Unidos. Y dentro de estas expresiones, siempre se destaca un absoluto: la idea de la superioridad natural de los blancos. Y lo que es, asimismo, significativo, este conjunto de parafernalia siempre coactiva se muestra acompañado de banderas nacionales expresando el orgullo propio de ser los símbolos del Estado unitario. El racismo aquí es, como en todo lugar, enemigo del cromatismo oscuro, y el nacionalismo expansivo es la figura política que lo define.

La emergencia de esta conjunción política aparece, pues, en el momento cuando mayor es la acumulación de heterogeneidades culturales y raciales, cuando, por ende, es también mayor la estructura de los movimientos migratorios y desplazamientos territoriales de las poblaciones. Y aparece precisamente en el momento en que muchas de las energías políticas se organizan en torno al integrista religioso, por una parte, y a orientaciones centrífugas, en este caso, las del nacionalismo de liberación en diferentes partes del mundo, en Europa especialmente, y en las de personas del Tercer Mundo que salen de sus territorios agredidos en busca de la paz blanca. Y también en el fondo de este desorden introducido por la heterogeneidad y por la incertidumbre del cuadro económico que hace desiguales a las naciones, encontramos a los desfallecidos sociales entregados a la patología de la autodisolución por las diferentes clases de adicciones aplicadas a la desorganización de la personalidad.

Conforme esta perspectiva es la expresión de un desorden manipulado políticamente desde centros de dirección provistos de gran movilidad adaptativa, adictos a los beneficios materiales de la globalización, es también cierto que los nacio-

nalismos de Estado defienden el *statu quo* político y se oponen a los movimientos de liberación de sus naciones internas mientras, al mismo tiempo, desarrollan estrategias de reproducción de alianzas políticas con aquellos Estados que se hallan, asimismo, puestas en situaciones de presión interna semejantes. España, Francia, el Reino Unido, la ex Yugoslavia y la ex Unión Soviética son ejemplos europeos de esta presión.

De este modo, lo que en la ex Yugoslavia es limpieza étnica y en la ex URSS es desintegración del imperio colonial interno, en la Europa occidental es temor a los separatismos, unos que por ser esencialistas son, también, clonismos en menor escala que los de los Estados unitarios en los que están actualmente integrados.

Así, todos los movimientos nacionalistas de Estado en Europa, mientras conservan su capacidad de gravitación, al mismo tiempo, y desde el final de la guerra fría entre el este soviético y el occidente democrático han comenzado a perder fuerza de sustentación, y en este sentido parte de las cantidades de energía política, militar, económica y cultural que antes monopolizaban, ahora son asimiladas por sus naciones internas en actos de redistribución democrática de dichas capacidades.

De algún modo, este resurgir de los nacionalismos en regímenes democráticos se parece a una especie de magnitud mecánica, semejante a una redistribución de las energías antes concentradas en un solo punto, el de los centros estatales, y ahora, como en la termodinámica, pasando lo que pierde una identidad lo gana otra. O sea, lo que pierde el Estado lo gana una región de este Estado. Sin embargo, en este proceso se reconocen fenómenos parecidos a los de la entropía, esto es, pérdidas de energía, en este caso, y principalmente, por parte del Estado. Éste pierde capacidad política, económica y militar, y al mismo tiempo las naciones internas obtienen cuotas de esta energía que antes no podían utilizar.

El modelo de utilización de las energías políticas por parte de los nacionalismos de liberación es el que les ha proporcionado el Estado a lo largo de su tiempo de integración en éste.

En el curso de este proceso, y como consecuencia de su mayor capacidad política en el ejercicio de su participación democrática, las naciones que ahora presionan políticamente para el objetivo de liberarse del Estado que las somete representan una reacción histórica contra los complejos de negatividad a que han estado sometidas durante este periodo de anexión y asimilaciones diversas. Por eso, el monopolio del poder político se ha redistribuido en el curso de la experiencia democrática, y según eso las periferias nacionalistas adquieren la fuerza que, en cambio, pierde el Estado.

En su situación actual, y como resultado de estas presiones políticas, el Estado ha cedido parte de su poder a las regiones, en unos casos, y a las naciones, en otros y, para defenderse mejor de sus distensiones y contradicciones, tiende a integrarse dentro de organizaciones supraestatales. La Unión Europea es uno de los ejemplos más preclaros de este esfuerzo del Estado por garantizarse en su discurso de reproducción. Al mismo tiempo, y en contrapartida de esta garantía, cada Estado cede el control de ciertas decisiones, políticas y militares, a esta identidad designada con el nombre de Unión Europea.

Dentro de este juego, aumenta la presión libertaria de las naciones internas, y el ejercicio de las funciones democráticas asegura a éstas un margen de concesiones políticas más amplio que el que obtenían por separado cuando únicamente era el Estado la entidad que decidía la suerte de aquéllas.

Es indudable que en estas situaciones aparece como factor, más o menos directo en lo que hace a la producción de nuevos equilibrios políticos, el desarrollo de la globalización de los fenómenos culturales dados desde la influencia del mundo occidental sobre las diferentes regiones del planeta. La globalización, entendida como una occidentalización cultural, lleva consigo no sólo los resultados de la ciencia y de sus aplicaciones tecnológicas, sino que también se extiende en forma de influencias sobre modos de vestir, metas de finalidad, democracia política, economía de mercado, organizaciones de banca y transporte y artículos de consumo. Solidaridad, igualdad y libertad acompañan a estas influencias, y el discurso de los

derechos humanos, individuales y colectivos, gana espacios importantes en la consciencia de las personas de todo el mundo.

Dentro de los procesos de globalización, lo que ganan en poder las llamadas empresas multinacionales, lo pierden los Estados. Uno de sus efectos consiste en que, a pesar del hecho de que las multinacionales procuran reforzar el *statu quo* internacional por no interesarles el desorden del mercado, sin embargo, allí donde la ideología del mercado ya está suficientemente estabilizada, el Estado es un estorbo cuando por ser fuerte pretende competir con las multinacionales por el control del mercado. Las contradicciones son inherentes en ciertas expansiones del mercado, especialmente cuando, paradójicamente, éstas producen desempleo que acompañan a los aumentos de productividad. El nacionalismo de Estado pierde terreno con la globalización frente al nacionalismo de liberación, precisamente porque la mundialización de la economía y de las energías políticas va acompañada de la circulación social de las diversidades étnicas y raciales, y amén del turismo y de una cierta participación mundial en la ideología democrática y del mercado, además los pueblos han adquirido consciencia de nación en muchos casos, y organización nacional en otros, lo cual supone la introducción de nuevas variables políticas en lo que antes era estructuralmente más sencillo. La presión política en lo individual y en lo colectivo, por lo tanto, se ha incrementado.

En este punto, el Estado español es el que en Europa ha progresado más en la formulación jurídica de los derechos políticos de sus nacionalidades internas y de sus regiones. Las asimetrías en estas identidades continúan siendo, sin embargo, causas de resistencia por parte de aquellas comunidades autónomas que se consideran diferentes, no sólo respecto de la identidad estatal, sino también de las otras comunidades en sus respectivas formas de autogobierno territorial. Desde esta perspectiva, las fuerzas tradicionales o conservadoras del Estado/nación único se resisten a cambiar éste, y en esta orientación, cada avance de una autonomía en particular im-

plica el desarrollo de una actitud contraria por parte de otra o varias autonomías que reclaman el mismo trato del Estado.

Cuando eso ocurre, reaparecen los estereotipos y las negatividades aplicadas a los colectivos étnicos que parten de la consciencia del hecho político diferencial, como son los casos de Cataluña y el País Vasco. En este punto, los catalanes suelen ser los más repudiados en su maniobra política, y aunque ésta se efectúa empleando recursos democráticos o constitucionales, sin embargo, cualquier presión política efectuada sobre el Estado se racionaliza por parte de sus funcionarios y políticos como una opción dirigida a debilitarlo. La desconfianza es profunda entre ambas partes, pues mientras la del Estado es la propia de una consciencia histórica compacta en lo colonial, la del nacionalismo periférico es compacta en la consciencia de una unidad lingüística y cultural diferenciada.

La negociación democrática es, en todo caso, la fuerza política más utilizada por las representaciones electorales en liza, y en este extremo parece indudable que la gubernalidad del Estado moderno sólo es posible consiguiendo el consenso entre sus partes nacionales, la central y las periféricas. El discurso ideológico del Estado/nación español, mientras es democrático en sus medios actuales, el de los números de representación electoral, no puede impedir, sin embargo, que el lastre de una historia de sometimiento político aplicado a sus naciones internas tienda a considerar negativa cualquier clase de ventaja que éstas puedan obtener empleando dichos recursos democráticos.

Entretanto, la sociedad europea, especialmente la occidental, permanece constituida en forma de sociedad abierta, la propia de la globalización y de la economía de mercado. En estas condiciones, el fenómeno racista emerge también con gran fuerza en ciertos Estados. Algunos grupos europeos resienten la entrada de los otros raciales, fundamentalmente de los africanos, y consideran la presencia de éstos como una amenaza a su tradicional homogeneidad cromática y morfológica. Ésta es otra de las negaciones. Ahora el fenómeno de la globalización, con su mercado de trabajo abierto, se convierte en causa

de conflicto racial, en negatividad de todo lo que, no siendo europeo es, por eso, causa de reacción negativa.

Ésta sería, en este momento, una de las dialécticas más dinámicas del sistema de globalización a que nos referimos, una que, mientras declara abierta la sociedad humana, y mientras estimula la circulación internacional interétnica y racial, al mismo tiempo una parte de ella, la de origen europeo, sobre todo, se siente irritada con la experiencia de la inmigración africana y norteafricana. De hecho, se trata de una reacción contra la igualdad y la solidaridad cuando se trata de personas racialmente diferentes.

El problema ahora surge en la dirección de ser, además de un asunto de derechos individuales, también un asunto de derechos colectivos, en este caso el de las naciones sin Estado y el de los grupos étnicos y raciales que, lo mismo que los primeros, adquieren consciencia de que la organización política es el medio a través del cual los derechos individuales son derechos colectivos. En este sentido, aunque no puede distinguirse en este proceso ninguna clase de alianza entre los colectivos organizados del nacionalismo de liberación y los sujetos etnoraciales sometidos a discriminación social, sin embargo, parece como que una parte de los individuos pertenecientes a estos movimientos nacionalistas, siendo europeos, reproducen también los mismos prejuicios de negatividad hacia el otro racial que advertimos en los nacionalismos de Estado.

Por lo menos, lo que sí es indudable, en este caso, es la manifestación de una cierta indiferencia por el problema del racismo, mientras es obvio que no la tienen por el problema de la etnicidad cuando éste se plantea entre iguales raciales. La ex Yugoslavia es un ejemplo de confrontación interétnica en la que no figuran como importantes las discriminaciones raciales, pues, en el interior del conflicto, el problema histórico es más que un asunto racial, un asunto étnico que reclama recuperaciones territoriales de signo nacional.

Empero, fuera de este ámbito territorial, y en los centros de gran atracción migratoria, como Francia, Gran Bretaña, Alemania y ahora España y Holanda, el problema del racismo

emerge primero a niveles individuales, y en el proceso parece dirigirse a convertirse en una cuestión de enfrentamiento o, por lo menos, de definición diferenciada entre colectivos raciales, sobre todo a medida que cada colectivo se ha especializado en la creación de territorios de habitación propios: norafricanos en las periferias de París, en ciudades alemanas e inglesas, y en diferentes regiones españolas. Así, el crecimiento de una consciencia colectiva fundada en el diferendo racial es hoy, en Europa, como lo es tradicionalmente en Estados Unidos, en África y hasta en países americanos, un problema que se dirige a la organización colectiva, entendiendo que por este medio, no sólo se consigue representar una identidad, sino que, al mismo tiempo, se procura transformar la negatividad existente hacia lo del otro racial en una respuesta de otra negatividad aplicada a los que representan una primera negatividad moral, en este caso, la de los blancos en sus actitudes hacia los diferentes raciales.

En las presentes condiciones, los materiales políticos de estas experiencias nos muestran, pues, tres direcciones importantes: la eclosión de los nacionalismos de liberación, el racismo y el integrismo. En el interior ideológico de todos ellos, el Estado/nación emerge como la espada que decide en unos puntos, pero que ya no sirve en otros porque está mellada y cansada de tanto servirse de las negatividades.

V. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BÉTEILLE, André, *Inequality and Equality*, en INGOLD (ed.), *Companion Encyclopedia of Anthropology*, Londres y Nueva York, Routledge, 1994, pp. 1,010-1,039.
- ELEGOËT, Fanch, *L'Identité Bretonne. Notes sur la Production de l'Identité Negative*, Pluriel 24, 1980, pp. 43-67.
- ESTEVA FABREGAT, Claudio, *Razas humanas y racismo*, Barcelona, Biblioteca Salvat de Grandes Temas, 1973.
- , *Estado, etnicidad y biculturalismo*, Barcelona, Península, Homo Sociologicus, 1984.

- , *El Mestizaje en Iberoamérica*, Madrid, Alhambra, 1988 (hay una edición en inglés publicada por Arizona University Press).
- , *Dialécticas: pueblos, naciones y Estados*, en ABELLÁN, José Luis (comp.), Madrid, Trotta.
- INGOLD, Tim (ed.), *Companion Encyclopedia of Anthropology*, Londres y Nueva York, Routledge, 1994, pp. 41-54.
- MORENO NAVARRO, Isidoro, *Los cuadros del mestizaje americano*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1973.
- SÁNCHEZ PINA, F. y PIÑOL, Angels, *Tribus de combate*, Barcelona, *El País*, 10 de marzo.